LIBRARY OF CONGRESS
JUN -6 1939
PERIODICAL DIVISION

Repertorio Americano

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XXXVI — San José, Costa Rica — 1939 — Sábado 29 de Abril — Núm. 14

Año XX — No. 870

En este número:

Filosofía

El último libro del Dr. Carlos Vaz Ferreira: "Fermentario". Montevideo, 1938.

= De *Nosotros*. Buenos Aires, dicbre. de 1938 =

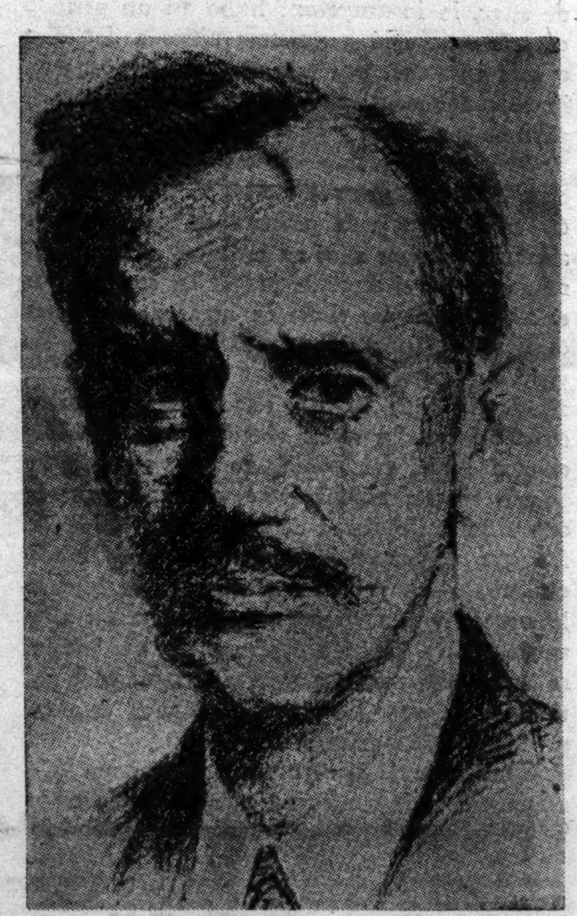
En cuanto escribe Vaz Ferreira resplandece una sinceridad que cualquier lector atento puede advertir y que a muchos de seguro ha de conmover. Sinceridad del género mejor y más raro, ya que no consiste en la mera enunciación de la verdad propia al alcance de la mano, lo que es accesible a cualquiera, sino que ocurre tras laborioso proceso de averiguación. En abundantes pasajes de este libro está patente la profundización del minero por el pozo íntimo, que no se detiene hasta dar con la roca. Para Vaz Ferreira cada examen de un problema es una especie de examen de conciencia, y en la contraposición de tesis diferentes, el diálogo con posiciones adversarias parece convertirse en un monólogo en que ciertas tesis en cuanto posibilidades propias son desmenuzadas y rechazadas en nombre de la que desde el último estrato alcanzable afirma su solidez y preeminencia.

Todo el libro rezuma sabiduría. Una sabiduría que no es sólo ciencia y meditación decantadas, sino que acusa además la acción purificadora de lo que para un alma noble abre las supremas perspecitvas y suprime el apego a toda artificiosidad aun en sus formas menos identificables: el dolor. Liberado el ánimo, nada le obliga sino su propia ley; y su ley es aquí la objetividad, el reconocimiento fiel de lo que es y su confrontación incansable con lo que debe ser. La admirable capacidad lógica y ética que existe en Vaz Ferreira funciona en permanente aplicación a lo concreto, sin que se amengüe por ello la severidad de las normas ni su brillo induzca a engaño sobre los casos especiales que analiza. La realidad está ahí, y el crítico, movido por un insobornable afán de verdad y de justicia, avanza entre su dédalo con paciente energía, con prudente clarividencia, sin engaño ni extravío. Muchas veces el caso muestra su endeble contextura ante la exigencia ideal; pero otras veces el crítico salva la realidad censurada indebidamente y a la ligera, como un tribunal que en la apelación corrige la injusticia de una sentencia contra la ley. Y siempre el convencimiento dimana para el lector, más que de las palabras y aun de las razones, de la situación misma tal como, tras el análisis, queda aclarada, ordenada, bien dispuesta.

Por las calidades de su contenido, este dietario de un filósofo parece una antología; por la adhesión cordial que suscita, por su profunda humanidad, se convertirá para algunos en una especie de breviario laico, en un libro para el consuelo sin engaño, para esa ansia de confortación que no transige con cerrar los ojos. Libro múltiple, cuya riqueza dentro de tal brevedad sólo resulta posible por la destreza con que el autor encierra en contadas frases una sustancia profusa. Aquí y allá, abundantemente, intuiciones que calan hasta los últimos enigmas. "¡El remordimiento!... Es exactamente como lo describen los sermones y las novelas morales; con la única diferencia de que, en vez de sentirlo los bribones, lo sienten las personas honradas". Pocas veces se ha aludido con tan punzante acierto a ese extraño sentimiento de universal responsabilidad, de responsabilidad cósmica, que misteriosamente angustia a los mejores. "La lógica emana bondad por intermedio de la justicia". En la corriente separación de la esfera teórica respecto a la ética, poquísimos vislumbran ese lazo entrañable entre lo aparentemente más abstracto y lo más íntimo y cálido, al que se refería Lotze cuando sostenía que sólo por la lógica realiza el espíritu su peculiar naturaleza ética. Hay, entre tantas bellas páginas, algunas maravillosas de compleja profundidad y sencillez al mismo tiempo; así el fragmento de páginas 117-118 (*). Pero al citar se corre el riesgo de dejar a trasmano lo más valioso, en un libro cuyo contenido no ofrece acaso un desfallecimiento. Quiero sin embargo, destacar el ensayo final, por sus impresionantes comprobaciones y por mostrar muy bien, a pesar de su brevedad, la personalidad intelectual y moral del filósofo (**).

Por la nobleza y hondura de su pensamiento, por los prestigios de su persona y de su acción, Vaz Ferreira es uno de los orgullos de nuestra América. La incomunicación continental, entre tantos males, trae consigo que nuestros valores más altos y puros no alcancen a veces el reconocimiento que les es debido más allá de las propias fronteras. Uno de los deberes más urgentes e imperiosos de la solidaridad americana que ahora renace o parece intensificarse tiene que ser sin duda el llevar a vigencia americana por ahora, a vigencia universal después, los espíritus que son ya honra de nuestra cultura.

FRANCISCO ROMERO



Dr. Carlos Vaz Ferreira

Por el pintor ruso *Lubkin*

Por la nobleza y hondura de su pensamiento, por los prestigios de su persona y de su acción, Vaz Ferreira es uno de los orgullos de nuestra América. La incomunicación continental, entre tantos males, trae consigo que nuestros valores más altos y puros no alcancen a veces el reconocimiento que les es debido más allá de las propias fronteras. Uno de los deberes más urgentes e imperiosos de la solidaridad americana que ahora renace o parece intensificarse tiene que ser sin duda el llevar a vigencia americana por ahora, a vigencia universal después, los espíritus que son ya honra de nuestra cultura.

F. R.

(*) *N. del E.*—Lo sacamos en esta edición, junto con otras páginas del mismo *Fermentario*. Ya en ediciones anteriores (v. los Nos. 23 y 24 del tomo XXXV) hemos trascrito dos fragmentos muy interesantes del antecitado libro del Dr. Vaz Ferreira. Precisa divulgarlo tanto como se pueda. En la Librería de Trejos Hnos. lo halla Ud., lector atento.

(**) *N. del E.* — Se titula: *Cuál el signo moral de la inquietud humana?* Es una conferencia de 1936. La hemos de sacar en una de las ediciones próximas.

Fragmentos

= Sacados del precioso libro *Fermentario*, por Carlos Vaz Ferreira. Montevideo, 1938 =

Hombres de pensamiento y hombres de acción

Suele hablarse de hombres de pensamiento y de hombres de acción como en antítesis.

Más que antítesis, es clase y grado. Los hombres de pensamiento son también hombres de acción, sólo que son de mucha más acción.

Si esto no se entiende es porque esa acción obra de otro modo.

Un pedazo de radio contiene mucha más energía que un pedazo de carbón. Sólo que no da esa energía echándolo al fogón de una locomotora o de una cocina: la da de otro modo.

(Naturalmente, hay hombres de pensamiento cuya acción es mala: pero porque era malo su pensamiento. También hay hombres de acción cuya acción es mala; y son bastantes; y son los que hacen más daño...)

Crisis morales (1)

Comparando los hombres de pensamiento libre con los hombres de creencias fijas, parece a los superficiales que los primeros habrán de tender a ser menos morales, no sólo por carecer de fórmulas sino por el hecho de que pasan crisis, de que su desarrollo mental no es seguro y sereno: dudan, vacilan, sufren: A veces toda su vida es una crisis.

Pero si se sabe observar se nota que esas crisis son racionales y afectivas, pero no morales. Que esas crisis, aunque parezcan comprometer los fundamentos racionales de la moral, no comprometen, en esa clase de hombres, la moralidad efectiva, la moralidad de acto. Más: que la excitan, y que la mejoran.

Los hombres de creencias fijas, que no tienen crisis, en la acción tienen más bien tendencia a valer menos: es así *de hecho*, —hecho de observación, aunque no todos sepan observarlo, porque se van por razonamientos, por teorías o por prédica.

Pero no sólo se observa eso, sino que tal vez se puede explicar: el mismo hecho de no tener crisis, de no experimentar dudas, dolor moral, acusa y prueba deficiencia de sensibilidad y ausencia de esfuerzo de auto-superación.

"Hombres necesarios" (2)

Se ha dicho: "Hay hombres útiles; no hay hombres necesarios". Y sobre esto hay confusión, y en cierto sentido un gran error.

Sí, si por "necesarios" se quisiera entender que sin ellos la tierra no seguiría girando o que se extinguiría la humanidad.

Pero que, sin tal hombre, algo empeora mucho, en un momento o en una situación dada, o deja de mejorar, suele ser completamente verdadero, y ni raro.

Y, en ese sentido, no se necesita ser un hombre excepcional para ser un hombre necesario. Todas las situaciones están llenas de hombres necesarios, o de vacíos en que el hombre necesario faltó.

Casi cualquiera fué hombre necesario en cierto momento para alguna cosa.

P. ej.: cuando yo tenía autoridad en Instrucción Pública de este país, y por ello ocasión de impedir ciertos absurdos o males, solía pensar: ¿qué hubiera sucedido sin mí? ¿qué hubiera sucedido si yo no discuto la cuestión, si no les hago ver que lo que querían hacer era absurdo o era malo...? Pero reprimía esta tendencia de pensamiento, creyendo que era una ilusión; y me decía: "No hay hombres necesarios. Una cosa tan absurda, no se hubiera hecho; no se cómo, pero alguien la hubiera impedido."

Después me quitaron la autoridad, y cosas de aquel género, algunas de aquellas mismas, sucedieron. Nadie las impidió.

P. ej.: En la Enseñanza Secundaria existía en nuestro país la institución de los exámenes por asignaturas. Esa era cosa mala, pero relativamente tolerable porque en aquella época no pasaban los exámenes de tres o cuatro, cinco a lo más, por año. Pero sancionan una nueva ley tal que la enseñanza general, en lugar de estar comprendida en seis años, quedaba estrechada en cuatro. Por lo cual yo introduje una serie de procedimientos de contralor de escolaridad para evitar el absurdo, el crimen de que se obligara a nuestros niños a dar diez exámenes por año. Entonces pensaba que, de no estar yo, otro hubiera impedido el régimen absurdo e inhumano. Pero en cuanto yo dejé de estar, lo instituyeron: hubo así un período en que se obligó a nuestros niños a dar diez o más exámenes por año, y muchos quedaron inutilizados mentalmente; otros se enfermaron; algunos murieron.

Otro caso: cuando yo estaba en la Instrucción Primaria, observé que se había introducido en la escuela la práctica de retener a los alumnos muchos años en la misma clase, generalmente por el error de juzgar las escuelas por el adelanto de las clases en lugar de juzgarlas directamente por el adelanto de los niños. Es claro que presentando como alumnos de cada año a los que habían estado tres o cuatro en el mismo, las clases obtenían una clasificación más alta, y la escuela en estas condiciones parecía mejor, muchas veces al mismo que la organizaba. Resultaba de aquí un absurdo (de funestas consecuencias prácticas). El Estado obligaba a los padres a mandar a sus hijos a la escuela, y ésta, después de retener a un niño tres o cuatro años, lo dejaba ir sin que hubiera hecho otra cosa que repasar durante todo ese tiempo el programa de primer año; esto es, sin saber prácticamente nada.

Cuando perdí el mando en Instrucción Primaria, yo tenía confianza en que aquel horror no podía volver: en que alguien lo reprimiría, como yo lo había reprimido. Pero en cuanto salí se volvió a establecer aquello, y allí quedó.

Ahora bien: cualquier hombre, el más modesto, encuentra, en la historia de su actuación, hechos de ese género, que muestran que en cierto sentido —es sin duda si se quiere una cuestión de palabras, pero una cuestión de palabras que conviene comprender bien, porque tiene alcance práctico— que en cierto sentido casi todos los hombres podemos ser "necesarios." Sin duda, lo repito, porque dejemos de esforzarnos al máximum, no se parará la tierra ni la raza se extinguirá; pero todos somos necesarios para que no ocurra algún mal grande o pequeño, para que algo ocurra un poco mejor que como ocurriría sin nuestra atención, sin nuestros esfuerzos mayores y sin nuestra fe en la necesidad de ellos.

Cierta ingenuidad del mal

Los libros "morales", de intención más o menos pedagógica o pragmática, son a menudo ingenuos. Eso, todos lo sienten y lo entienden. Pero los libros, y en general el arte, que se relaciona con el mal, con el vicio, con el pecado; en la misma vida, también, lo que se relaciona con el mal y con el vicio, suele ser tan ingenuo, a veces más ingenuo todavía. Sólo que, eso, casi nadie lo siente. Está al alcance de cualquiera la sensación de ingenuidad de los libros moralizantes, pedagógicos y optimistas; pero no hay sensación más difícil que la de percibir, supongamos, que los libros de un J. Lorrain son tan ingenuos como los de un Smiles. Un joven, por ejemplo, no tendrá esa sensación. Se la adquiere después, con la vida. Explicarla, no se puede.

Actitud en cuanto a la lectura

Alguien dijo: "A mi edad no se lee: se relee".

Mal y absurdo.

Sin duda con la edad debe venir la tendencia a no leer demasiado (la mentalidad superior, ya formada, se defiende, para producir, o para la simple independencia mental.) Pero lo absurdo es dividir por nuevo y viejo.

El que evoluciona bien y hasta el fin, sin duda selecciona cada vez más, pero no por época sino por valor. Su sensibilidad, su juicio, su crítica, se desarrollan en todos sentidos, y le permiten, por una parte, apreciar mejor y sentir más las grandes obras antiguas, y por otra

1) *Para Moral Viva.*
2) *Para Moral Viva.*

John M. Keith & Co. S. A.

San José, Costa Rica

AGENTES Y REPRESENTANTES DE CASAS EXTRANJERAS

Cajas Registradoras NATIONAL (The National Cash Register Co).
Máquinas de escribir ROYAL (Royal Typewriter Co., Inc.)
Muebles de acero y equipos de oficina (Globe Wernicke Co.)
Implementos de Goma (United States Rubber Export Co.)
Máquinas de Calcular MONROE
Refrigeradoras Eléctricas NORGE
Refrigeradoras de Canfín SERVEL ELECTROLUX
Plantas Eléctricas Portátiles ONAN
Frasquería en general (Owens Illinois Glass C.)
Conservas DEL MONTE (California Packing Corp.)
Equipos KARDEX (Remington Rnad Inc.)
Maquinaria en general (James M. Motley, N. Y.)

JOHN M. KEITH — **RAMON RAMIREZ A.**
Socio Gerente *Socio Gerente*

sentir, por una intuición que se perfecciona, la *verdadera* novedad de las recientes. Lo único que hay es que naturalmente está más en guardia y más defendido contra los falsos valores, y esos engañan más todavía en lo nuevo que en lo viejo.

Ciencia y Metafísica

(Fragmento de las páginas 117-118)

En medio del "océano para el cual no tenemos ni barca ni velas", la humanidad se ha establecido en la ciencia. La ciencia es un témpano flotante.

Es sólido, dicen los hombres prácticos, dando con el pie; y, en efecto, es sólido, y se afirma y se ensancha más cada día. Pero por todos sus lados se encuentra el agua; y si se ahonda bien en *cualquier parte*, se encuentra el agua; y si se analiza *cualquier trozo* del témpano mismo, resulta hecho de la misma agua del océano para el cual no hay barca ni velas. *La ciencia es Metafísica solidificada.*

Es sólido, dicen los hombres prácticos dando con el pie. Y tienen razón: y, también, nada es más útil y meritorio que su obra. Ellos han vuelto el témpano habitable y grato. Miden, arreglan, edifican, siembran, cosechan...

Pero esa morada perdería su dignidad si los que la habitan no se detuvieran a veces a contemplar el horizonte inabordable, soñando en una tierra definitiva; y hasta si continuamente algunos de ellos, un grupo selecto como todo lo que se destina a sacrificios, no se arrojaran a nado, aunque se sepa de antemano que hasta ahora ninguno alcanzó la verdad firme, y que todos se ahogaron indefectiblemente en el océano para el cual no se tiene ni barca ni velas.

CARLOS VAZ FERREIRA

México y Chile
Una deuda histórica

= *Envío del autor*. De *El Nacional*, México, D. F. 4 de marzo de 1939 =

Dividida la nación en dos bandos, sobre el eterno problema de captar para el propio pueblo los provechos del suelo propio. Proteo y más que Proteo que asume, a lo largo de la historia, los más variados disfraces; desde la cruda figura crematística hasta la solemne discusión teologal, donde se transforman en herejía toda duda y todo ensayo para mejorar el estado actual de las cosas. Embrión que laboriosamente se decide a cortarse del cordón que lo ata; colonia que con trabajo se encamina a la autonomía; patético ser que aparece entre vagidos y convulsiones y, como el recién nacido de Plinio, sólo abre los ojos para llorar. ¿Qué mucho si los mismos intereses empeñados en la disputa se engañan, una y otra vez, sobre el sentido de sus propios anhelos? Se ahondan los motivos, se resuelven poco a poco en sistemas: en los dos extremos, cada idea fija parece polarizar y atraer a su vértice todo un tropel de razones universales. Ya no se trata siquiera de un problema de estado, el mismo que preocupó a los últimos Felipes: el quiste de la economía mexicana, la congelación del territorio bajo la mano muerta. (Lo que hizo decir a Justo Sierra, historiador liberal, que si la revolución no llega a estallar por obra de los caudillos más o menos jacobinos—Hidalgo "el afrancesado" y la desesperación popular que se congregaba a sus voces, pertrechada con armas de fortuna—la revolución hubiera estallado por obra del alto clero, que ya sentía bajar desde la Corona de España las amenazas contra sus tradicionales privilegios). No: ahora, se trata ya de dos místicas que se entrechocan. Y he aquí que, entre la locura y la violencia, uno de los bandos se juega la última carta: la apelación al brazo extranjero, que siempre se paga y siempre se pagará, lo mismo ayer, que hoy y que mañana, con sangre de nuestros corazones. La suspensión del servicio de la Deuda. La triple escuadra. La noble duda en la conciencia de Prim, que aleja de nuestra costa las naves hispanas y las británicas. Dubois de Saligny, precursor de la teoría, hoy tan a la moda, del "chiffon de papier", se burla del garabato de su firma. Y comienza la invasión aventurera de los ejércitos napoleónicos, y el viaje de aquel príncipe iluso, con quien no sabían qué hacer en Europa porque era inclinado a la poesía.

Y el calambre eléctrico, el estremecimiento por las vértebras de los Andes. Allá, en las tierras del Sur, llega hasta Chile. Tal vez arranca con el puñetazo iracundo en la mesa de la taberna: se derrama en las discusiones; entra en las casas de familia; ya cunde en gritos por la calle; se explica en discursos por los teatros y parlamentos; acumula grupos de resistencia patriótica; funda sociedades—las Uniones Americanas, ganglios neurálgicos de nuestras repúblicas heridas—; colecta fondos y auxilios para los hospitales de sangre; recluta voluntarios que sienten, como en carne propia, la artera puñalada sobre el dorso de México. Y llega un momento en que todos los chilenos, jóvenes y ancianos, mujeres y niños, militares y civiles, médicos y poetas, ricos y pobres parecen decirnos desde las lejanías del Pacífico austral:—Estamos con vosotros; vuestro dolor nos duele, y vuestra victoria será nuestra.

La Sociedad de la Unión Americana, de Santiago, anima y concentra todos estos movimientos de la opinión pública. La inspira el poeta Guillermo Matta, infatigable atizador del fuego sagrado. La preside el general Juan Gregorio de Las-Heras, el héroe de Cancha-Rayada, de Chacabuco y de Maipú, y sostenedor también de la independencia peruana. La vida y trabajos de la Sociedad se recogen en dos volúmenes de difícil acceso, olvidados hoy por nuestros historiadores y cuya sustancia pronto ha de ponerse al alcance del lector mexicano. La obra de la Sociedad abarca desde sus preliminares y fundación (28 de abril a 25 de mayo de 1862), hasta el 31 de diciembre de 1866. O como dice su compilador, el ecuatoriano Pedro Moncayo, "desde la invasión de México hasta la fuga de Maximiliano". La Sociedad se inaugura solemnemente en el aniversario de la independencia argentina, y el prólogo de sus memorias está firmado en la fecha, expresiva para nosotros, del 15 de septiembre de 1862.

El contagio mexicanista, que se ha apoderado ya de las grandes ciudades como Valparaíso, alcanza a los pueblos. En La Serena y en Quillota hay otros centros semejantes. Y de allí, como de Concepción, Andacollo y Elqui, de Talca, Copiapó, San Felipe y hasta de los últimos rincones de la montaña, llueven las ofertas de voluntarios o las contribuciones para ayudar a la patria mexicana afligida.

Al cobijo de la causa, resucita la inmensa sombra de Bolívar; se abre paso la idea de la Grande América, y de tal modo se adueña de las voluntades, que el gobernador de Quillota funda, al margen del Aconcagua, en Puratinim, el pueblo que se ha de llamar "Unión Americana". Así, mientras por una parte la invasión de México suscita aquí y allá focos de indignación, por otra parte avanza la idea unionista, que aprovecha y organiza esas excitaciones del momento. Miembros destrozados e intentos rotos a los pies de la Utopía, corre por ellos como cinta de fuego el entusiasmo por la defensa mexicana.

Más tarde, el 24 de noviembre de 1863, la Unión Americana de San Luis Potosí, por boca de Juan Antonio de la Fuente, Manuel M. Zamacona y Miguel de la Garza y Melo, reconocerá lo que debe México a la fraternidad de Chile, que al ejemplo del veterano Pedro Godoy se apresuró a sacrificar una parte de sus comodidades en alivio de nuestro pueblo.

Es hora de que se sepa, se diga y se repita. La catástrofe de Chile ha conmovido a México. No hemos permanecido indiferentes ante el desastre de la república hermana, y en varias formas hemos acudido a las víctimas del terremoto. La ocasión parecía oportuna para recordar esta deuda histórica, que siempre nos unirá con Chile.

ALFONSO REYES

CANSANCIO MENTAL
NEURASTENIA
SURMENAGE
FATIGA GENERAL

son las dolencias que se curan rápidamente con

Kinocola

el medicamento del cual dice el distinguido Doctor Peña Murrieta, que

"presta grandes servicios a tratamientos dirigidos severa y científicamente".

La historia se repite

La Europa en el siglo VIII *de nuestra Era se encuentra en un momento trascendental y decisivo. Es una situación bastante complicada, desde un punto de vista global, ya que coexisten una serie de elementos etnográficos varios y de civilizaciones distintas, que se interfieren y superponen en una mezcla confusa. Vive Europa entera en un estado de depresión y busca la manera de rehacerse, de crear una nueva cultura, con la que se va a forjar el nuevo mundo moderno.*

En la tradicional encrucijada de caminos que representa la Península Ibérica va a decidirse el porvenir de todo el continente Es en la España de los siglos VIII *y siguientes, donde hierve más violentamente este esfuerzo creador. La historia, repitiéndose, nos da un paralelo en la actual tragedia española.*

(De Pedro Grases, en el folleto *Orígenes de la poesía lírica medioeval en Europa*. Caracas, 1938).

La vida de Albizu Campos, responsabilidad americana

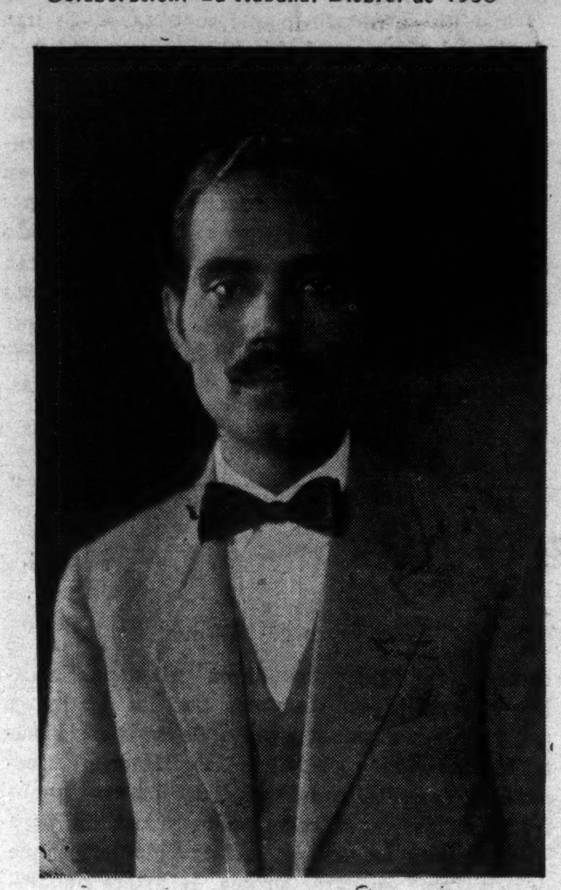
= *Colaboración. La Habana. Dicbre. de 1938* =

En la prisión norteamericana de Atlanta, entre malhechores y policías, vive un grupo de hombres ejemplares. Vive muriendo. Mil veces el espectáculo del mundo nos hace olvidar la tragedia hondísima de estos hombres. El ajetreo de nuestro tiempo nos distrae del recuerdo angustioso. ¡Cuántas veces, de vuelta de una asamblea, o en marcha hacia un mitin, nos asalta como un remordimiento la sospecha de que alguno de estos hombres no exista ya! Porque, si los hombres honrados de América no lo impiden con una acción enérgica e inmediata, la cárcel será la tumba de estos hombres. A mí me desvela imaginar la mirada fija de estos presos diciéndose sin palabras en cada despertar que quedan pocos días para el despertar último. En la tristeza indefinible, tienen, ya lo sé, una veta, de terca alegría, de alta alegría mística: van a morir por un propósito altísimo. Y acarician una insobornable esperanza: imaginan que las gentes libres de sus pueblos, de los pueblos hispánicos del continente, lograrán una libertad que equivale a la vida.

Pedro Albizu Campos es la cabeza ilustre de esos hombres de excepción. A su lado está Juan Antonio Corretjer, espíritu limpísimo y mente poderosa. Ellos y sus compañeros quieren,—¿quién lo ignora en América?—la libertad de un pueblo. Son seguidores leales de un impulso viejo y fuerte, servidores de un ideal secular que no envejece; quieren, como sus padres, la independencia de Puerto Rico. Por quererla están aprisionados, por quererla están cerca de la muerte.

No es un secreto para nuestras tierras que en Pedro Albizu Campos hay una de las personalidades más netas y verticales que haya producido la hispanidad de este lado del mar. Conocerle, verle de cerca el corazón magnánimo y la frente inmortal, es un privilegio. Podemos o no coincidir con su pensamiento político,—yo no coincido, (1)—siempre estimaremos con la entraña su vigor apostólico, su vida sin mácula, su razonamiento acerado y beligerante, la dación plena y dramática al propósito político que enciende su existencia. Su palabra es, como su espíritu, firme y caliente, elevada y certera. Su acento lleva ternura y fiereza, comprensión y santa intransigencia. Su caso es, para los que creemos en el mestizaje antillano, prueba irrecusable. En Albizu Campos hay sangre vasca, voluntariosa y trabajadora, y sangre negra, confiada y tierna. Es un espécimen admirable de hombre de nuestras islas. Es cierto que todavía andamos muy poblados, en Cuba, en Santo Domingo, en Haití, en Puerto Rico, de gente floja y transigente, de escepticismos y entregas cobardes. Cierto. Pero cuando una tierra, una sola tierra son las Antillas, da un hombre como Albizu Campos, que embraza una fe y sabe morir por ella, puede decirse en justicia que hay en las sangres que hacen a hombre tal sustancia para hacernos grandes.

En New York, en viaje reciente, conocí y traté a la compañera de Albizu. Con decir que es una mujer digna de él queda expresado el total elogio. Me decía doña Laura Meneses de las últimas visitas a la cárcel donde mueren su compañero y los que siguen su fe. No es violar un secreto, aunque quizá la gran mujer nos lo reproche, decir a todos que en la visita última Albizu habló a su compañera, con la sencilla entereza de la natural familiaridad que son condignas del héroe, del estado de salud quebrantadísimo de todos los libertadores puertorriqueños encerrados en Atlanta. A tal punto está afectada la salud de todos que si no se decide de inmediato su liberación, Puerto Rico habrá perdido para siempre sus mejores voluntades redentoras.



Pedro Albizu Campos,

Jefe del Partido Nacionalista de Puerto Rico

La muerte de Albizu, de Corretjer, de sus esforzados compañeros de Atlanta, sería mancha grande en la actual postura de los gobernantes estadunidenses y contradicción de promesas y dichos de libertad y democracia. La liberación del grupo heroico sería, por el contrario, confirmación de esa promesa. Yo estoy muy lejos de dar a las pugnas políticas un sentido racial, retrazado e injusto, de creer que los pueblos son enemigos unos de otros por el color o por el distinto origen. Sí existe, innegablemente, el contagio en el hombre de la masa de la actitud imperial, agresora, que da en el director político de una nación la fuerza ocasional del mayor desarrollo político. Pero ese contagio es curable. Bastan la propaganda y el diario esclarecimiento. Yo estimo que en el caso de Puerto Rico, y en el de los presos de Atlanta, no se ha realizado con bastante intensidad y consecuencia ese esclarecimieto. Todavía estamos a tiempo. Pero no hay tiempo que perder. La liberación de Albizu y sus compañeros debe ser cuestión de honor de todos los revolucionarios americanos. No estamos en coyuntura de distinguir sectariamente credos ni posiciones políticas. Hay una verdad mayor: que los presos de Atlanta significan la voz de numerosos hombres y que la democracia no puede ser otra cosa que la aceptación de la voz de todos.

Puerto Rico anhela su personalidad. Los caminos para lograrla han de señalarlos los puertorriqueños. A nuestra América le importa mucho que se permita a cada pueblo su voluntad genuina. Albizu y sus compañeros son voluntad de Puerto Rico. Deben ser libres como la voluntad de su pueblo. Cuando de cada patria americana salga, por boca de sus mejores hombres, de sus masas sufridoras y honestas, la petición de libertad de los hombres de Atlanta, esa libertad será un hecho; un hecho de trascendencia continental porque a todos los pueblos débiles importa que un pueblo débil tenga sus voceros leales que es lo mismo que tener su libertad. Pero, ¿a cuándo esperar, a que el esfuerzo sea baldío, a que la muerte, aliada a la crueldad imperialista, nos haya ganado la partida? ¿A cuándo espera América para pedir, para exigir, para lograr con su voz unida, la libertad de los héroes puertorriqueños?

JUAN MARINELLO

(1) El Dr. Marinello es un consecuente militante comunista.

Noticia de libros

(Indice y registro de las publicaciones que se reciben de los Autores y de las Casas editoras)

A ver, a ver, es mucha la afluencia de libros y folletos en estos días. A ver si damos una bibliografía titular que pueda interesar a nuestros lectores.

De Enrique Serpa, esta novela: *Contrabando*. La Habana 1938.

Envío del autor. Señas: Lawton 79. La Habana. Cuba.

De Martín Feo Calcaño, estos poemas: *Peninos*. Por la editorial *Nascimento*. Santiago de Chile. 1938.

Envío del autor. Señas: Apartado 2.011. Caracas. Venezuela.

De Héctor Silva Uranga, estos poemas: *Canto del hombre heroico*. Montevideo. 1938.

Envío del autor. Señas: Carlos Anaya, 2768, Ap. 7. Montevideo. Uruguay.

León Federico Fiel: *Domingo*. Son versos). Buenos Aires. 1938.

Envío del autor. Señas: Avelino Díaz 1750. Buenos Aires. Rep. Argentina.

María Aguilar de Billicich: *Ana María*. Historia de una ternura. Rosario (R. A.) 1938.

Envío de la autora. Señas: Ayacucho 1536. Rosario. Rep. Argentina.

Nené Padró: *Aleteos*. (Son versos). Buenos Aires. 1938.

Envío de la autora. Señas: Corrientes 1296, piso 1º, dep. 3. Buenos Aires. República Argentina.

Dos libros de Renee Potts: *Fiesta Mayor*. La Habana. 1938. (Son poemas) y *Romancero de la maestrilla*. La Habana. 1936.

Envío de la autora. Señas: Srta. Renee Potts. Círculo de Bellas Artes. Industria Nº 146. Habana. Cuba.

Tomas A. Ibañez S.: *Don Crescente Errázuriz*. Su vida y su personalidad. Quillota. Chile. 1938.

Envío del autor. Señas: Pinto 144. Quillota. Chile.

De Adolfo Sotomayor Febres Cordero, este cuaderno de poemas: *Rumbos y Niebla*. Quito, 1938 y este romancero: *Amanecer en cualquier camino*. Quito. 1938. Las portadas en ambos, son de O. Guayasamin Calero.
Envío del autor. Señas: Quito. Ecuador.

Envío de la Sociedad Económica de Amigos del País de La Habana: Guillermo de Montagú. Versos de Amin-Addimquir: *Resplandores*. La Habana. 1938.

De Rafael Angarita Arvelo: *Historia y crítica de la novela en Venezuela*. Berlín. 1938.
Envío del autor.

Envío del autor: *El poema del hijo*, por Luciano Rottin. Editorial Tor. Buenos Aires. 1938.
Señas del autor: 25 de Mayo 347. Buenos Aires. Rep. Argentina.

Envío del autor: *Visión de cumbre*, por Fernando Nadra. (Son versos). Buenos Aires. 1938.
Señas del autor: Córdoba 756. Tucumán. República Argentina.

Del Prof. Angel M. Corzo: *Ideario del maestro indoamericano*. D. A. P. P. México. 1938.
Lema del libro: *Por el espíritu del indio se forjará la nueva cultura de Amé rica y su grandeza.*
(Son versos).

Envío de Francisco Díaz S.: *Celajes y Sombras*. Edición aumentada con la novela corta titulada: *Aurora rural*, del mismo autor. 1938.
Con el autor: Choluteca, Honduras.

De Miguel Tarzia, catedrático de idiomas en el Colegio Nacional de Chivlicoy: *Carducci*. La Vida. El hombre. La técnica de su creación poética. Buenos Aires. 1936.
Envío del autor.

De Miguel Tarzia: *El romero visionario*. Buenos Aires. 1938.
Son versos. Envío del autor. Señas: Chivilcoy. Provincia de Buenos Aires. República Argentina.

Los tomos II, III y IV de la *Historia de la Esclavitud de la raza africana en el Nuevo Mundo y en especial en los países Américo hispanos*. Por José Antonio Saco. Con documentos y juicios de F. Arango y Parreño, Félix Varela, Domingo del Monte, Felipe Poey, José de la Luz y Caballero, José Silverio Jorrin, Enrique José Varona y otros. Prólogo de Fernando Ortiz. Habana. 1938. Cultural, S. A.
Envío de don Fernando Ortiz. Señas: Apartado 1649. Habana. Cuba.

Envío de las Ediciones Españolas, Barcelona: *Un año con Queipo*. Memoria de un nacionalista. Por Antonio Bahamonda y Sánchez de Castro, delegado de propaganda de Queipo del Llano hasta enero de 1938.

De Enrique Avellán Ferres, este drama, en tres actos: *El mismo caso...* Quito. Ecuador. 1938.
Señas del autor: Imbabura Nº 5. Quito. Ecuador.

En las Ediciones *Norte*, México, 1938: Elías Nandino: *Poemas árboles*.
Envío del autor. Uruguay 3. México, D. F. México.

De Héctor Guillermo Villalobos, *Afluencia*. Poemas. (1932-1937). Editorial F. E. V. Caracas. 1937.
Envío del autor. Señas: Aptdo. 172. Caracas, Venezuela.

Octavio de la Suarée: *En el país de las mujeres sin senos*. Novela de la vida francesa. 1938. La Habana.
El autor se dice: *De la academia del anónimo*.
Con este epígrafe: *París es todo Francia*: Augusto Comte.
Con esta dedicatoria: A la juventud intelectual hispano-americana, para prevenirla contra el mito de París, ofrezco este humilde servicio de hermano: *La Suarée*.
Donación del autor. Señas: En el *Diario de la Marina*. La Habana, Cuba.

Un envío del Depto. de Información e Intercambio Cultural, Universidad de la Habana: el vol. III de *Sucesiones*. Curso de Derecho Romano. Por E. F. Camus, 1938.

Extractos de algunas de estas obras, los iremos dando.

Cuentos breves

= *Colaboración*. San José de Costa Rica y abril de 1939 =

El recuerdo de las palabras

Sobre el diván un libro abierto. Elegante la luz de la cámara. Hay una esencia suspensa como el eco vago de un canto. La señora Dinora Caudel acaba de salir del salón, impaciente. Se tarda el señor Ceballos, el joven diplomático. Lo que más la ha impacientado es la idea de que en la ausencia del señor Ceballos, tendrá que pasar la prima noche en compañía del Lic. Méndez, su suegro. Los cuentos un poco audaces del viejo padre de su marido, ya le fastidian. Y sin embargo, tiene que reírlos. Es verdad que el señor Magistrado de Justicia refina su imaginación para entretener a su preciosa hija política. Pero no puede menos, por razón del oficio, de poner cierto tono jurídico en las cosas que dice incomprensibles para el espíritu fino de la dama.

Cuando regresa al salón, acariciando acaso una esperanza, ya está el Lic. Méndez acomodado en uno de los sillones con su aire doctoral. Siempre parece dispuesto a citar un artículo del Código Civil o una doctrina de derecho francés.

La comedia principia.

La señora Dinora (fingiendo filial afectuosidad) —Papá!

El Lic. Méndez (agotando su amor de padre y creyendo en la afectuosidad filial de Dinora) —Hija!

Se oye un timbre. Interviene un criado. Aparece la figura elegante del señor Ceballos, el joven diplomático.

La señora Dinora, sonriendo —¿Ya no quería usted venir a acompañarnos, señor diplomático?

El señor Ceballos (todo pulcritud y amabilidad casi espontánea) —¿Lo cree usted así, señora?

El Lic. Méndez (equívoco) —Hija mía, ¿parece que eres muy exigente con el señor Ceballos?

Saludos discretos, sinceros, calurosos, también un poco diplomáticos. Pero la señora Dinora, completamente olvidada de su marido ausente, inicia, mientras estrecha la mano suave del joven diplomático, una elegante sonrisa, casi más bien una risa, como recordando las palabras del señor Ceballos, deliciosas y traviesas.

Del diario de una mujer

He estado leyendo versos en su compañía. Oh! Dios mío! Por qué ha de irse siempre!

*

Le he escrito una carta. Son las doce de la noche. Un auto ha pasado. Se oye el ruido del motor mientras se aleja.

*

Esta mañana mi marido me ha hecho una pregunta sorprendente. Después le he visto en el jardín mirando cuidadosamente hacia el suelo como quien busca algo. Lo veo al través de las cortinas de las ventanas.

Se me ocurre que podría llamarlo, pero lo humillaría.

*

Acabo de recibir del señor X un ramo de flores. Está toda su alma en él. Me parece que entre las flores hay un enjambre de caricias.

*

Una idea semejante es inaceptable. No, no, Le he dado el amor de una primavera. Es el único derecho que le concedo.

*

La vida es siempre una novela. Cuán lejos está él ahora: "Amsterdam, Noviembre". Recuerdo melancólicamente aquella expresión suya: "Algunas veces, ya tarde de la noche, me gusta pasar cerca de tu casa y pienso, mientras veo tu ventana iluminada: ¿qué escribirá hoy en el libro de su vida?". Es la una de la mañana: ¿habrá concluido esta novela?

El extranjero

Este hombre tiene a orillas del camino una huerta y un jardín. En el fondo de ambos hay una casita campestre, muy curiosa. La casita está pintada como de un color plomo. El hombre tiene un nombre raro, un aspecto raro, un modo de ser raro. No es un solitario; es amable, es generoso, gusta de hacer oír sus opiniones: emite juicios muy discretos. Parece tener una grande experiencia de la vida. Es entre optimista, conforme, práctico y prudente. No dice, como otros muchos extranjeros: "en mi país", para exaltar los ejemplos de su propio país. No dice: "en este país", para demostrar en un gesto despreciativo, su disgusto de vivir en nuestro país. En cambio dice, si los tiempos son desfavorables: "hay que tener confianza". Si llueve mucho, más de lo necesario, él dice: "ya pasará la lluvia".

Vive con él una mujer envejecida acaso prematuramente. Es su hija.

"Mi hija", dice él con una sincera afección.

El cuenta, mientras fuma en una pipa extranjera, cuenta alguna parte de la historia de su vida. En esa historia hay una aldea de Suecia; hay una triste orfandad; hay una inmensa ilusión como en los cuentos de Andersen; hay, al fin, un viaje, ciudades extranjeras, Pernambuco, Buenos Aires; hay curiosas aventuras en la selva, en el mar, en la pampa. Cuando uno oye a estos hombres que hablan de todas las misteriosas regiones del mundo, uno cre que su alma es como el alma del mundo.

El habla despacio, con mucho señoría y a veces como recordando o como viendo en el seno profundo del tiempo. Vino también esta hija...

—En este país se vive tranquilamente, dice él como resumiendo toda la filosofía de su vida. En verdad, ¿no es el ideal del hombre la tranquilidad? ¿No es un país admirable aquel en donde un hombre que ha luchado en el mundo, al fin encuentra su reposo ideal en nuestras aldeas, bajo nuestro cielo? Oh! Cómo agradecemos a este hombre que viva al lado nuestro queriéndonos.

El campo de rosas blancas es como un pequeño fiord de Noruega.

La vida de este hombre es tan sencilla como la grama de su jardín.

El secreto musical

—Siempre que escucho ese trozo musical creo oír la voz de una mujer que se justifica llorando. ¿Por qué ha escrito Ud. ese trozo musical? El compositor se halla perplejo: ¿cómo va a decirlo? ¿Cómo podría decir cuál es esa mujer que se justifica llorando?

La escena lejana pasa rápidamente por su imaginación. Su hermana acaba de entrar. Trae un niño en los brazos. El padre parece esperarla. Ella se pone de rodillas delante del padre, del severo padre, le presenta al niño, y como poseída de un delirio, habla, habla llorando. Hace de esto veinte años. Entonces él era un joven. Cuando la hermana entra, él hace callar su violín y se queda suspenso. La hermana a quien él amaba tanto! La tragedia se desarrolla como en un segundo en su espíritu: la pobre hermana enamorada, la rebelión contra el hogar noble, el secreto dolor del buen viejo, la madre desesperada, el desengaño, el perdón, la vuelta. Entonces él corre hacia la hermana y coge al niño en sus brazos. El niño es bellísimo. También la madre es bellísima. También la madre de ambos fué bellísima. El niño es este joven que le pregunta:

—¿Por qué ha escrito Ud. ese trozo musical? Me da la impresión de una mujer que llora.

—Será eso, ¡una mujer que llora! — contesta él.

RÓMULO TOVAR



Es una producción orgánica que nos llega como bien sazonado fruto de estación. Y nos da alientos su tono sedante, discreto, bien medido al tiempo.

EMILIA PRIETO

"Conducta"

Una revista editada en Buenos Aires

= *Colaboración*. San José de Costa Rica, febrero 14 de 1939 =

Hay muchas revistas que pueden ostentar ese "al servicio del pueblo" pero *Conducta* merece una especial referencia.

He ojeado este número 3 que corresponde a octubre de 1938. El formato, la presentación, los bien cuidados detalles me han venido a revelar que un número de revista puede mostrar los inconfundibles caracteres de una obra de arte.

Conducta. Está bien el nombre. El tiempo se ha puesto como de revivir el vocablo, de volvernos a acordar de que existe, de sacarlo del viejo diccionario donde yacen otros términos que han caído en desuso, y plantarlo con caracteres renovados sobre el forro sencillo y serio de una revista de vanguardia.

Pero todo estará mejor si—como en el caso que nos ocupa—sobre ese forro se estampa la caracterización de una heroína de Moliére que fué un gran crítico de conductas.

Dándole vuelta al forro nos hallamos con: los anuncios del Teatro del Pueblo precedidos por Goethe:

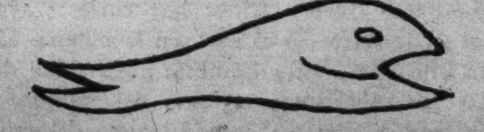
avanzar sin prisa y sin pausa
como la estrella

Luego en las páginas más vivas perdemos la numeración. Esto no lo entenderá una mentalidad de leguleyo. Pero es que *Conducta* no es un código. Por eso la que vendría a ser pág. 6 es una hoja deliciosa. La fotografía del original *typewritten* de un poema de González Tuñón: *La señorita muerta*, sobre un retrato de mujer muy *señorita* que parece disecada. Y en la fotografía del poema, esas faltillas como de repetir letras o salirse del margen que todos hacemos cuando escribimos en máquina, nos acercan al espíritu de *Conducta* y nos la hacen íntima esos detalles que tan al nivel la ponen de nuestra humanidad.

Pero sobre todo las viñetas.

Dibujos de:

Aquiles Badi
Emilio Petoruti
Pedro González
Ulún



En la que vendría a ser pág. 9 una estrella de 4 picos con una línea horizontal que se vuelve al terminar diminutos fragmentos de línea, separadas aquella y ésta por una distancia lírica que nos hace pensar a la vez en fra Angélico y en Kandisky o en la conciliación de ambos.

Es la viñeta para *Llamada*, verso libre de González Lanuza adornado con esta joya de cuarteto:

Mi voz en alas del viento
ha cruzado el ancho mar:
haz que tus pechos, paloma,
le sirvan de palomar.

Los titulares a tinta china manuscritos.

Fotografías sugestivas.

Unidad en el plan.

La última página, *boliche*, espera al lector con este delicado menú:

un sorbito de Séneca;
la fruta madura de algún cuarteto popular;
dos sentencias escépticas de Romain Rolland con sabor a vino seco;
una sustanciosa cita de Díez Canedo que es un golpe técnico y definitivo asestado a D'Anunzio;
y esta declaración:

"*Conducta* es la trayectoria de los hombres de bien que se han propuesto ser útiles al mundo y aman apasionadamente la justicia y desean ardientemente la belleza, y saben que la tranquilidad es el camino de la muerte y el descanso la muerte misma y por amor a la vida rehuyen la tranquilidad y el descanso."

Boliche es una hoja juvenil, movida y sugerente. Hay que leerla dándole varias vueltas al formato para hallar en cada vuelta otra cosa que detiene de nuevo la atención y la vuelve con interés al comienzo.

Y reelemos sabiendo que no vamos a tropezar con el editorial-púlpito desde donde el periodista enciclopédico lanza en falsete el sermón diario que nadie oye después de haberse santiguado con ademán prudente. Todo el folleto interesa. No hay página primera ni última. No hay jerarquías en su vivo, en su cálido didactismo.

N. Viera Altamirano

Nos queda este campito para llenarlo con unas cordiales palabras de bienvenida a Napoleón Viera Altamirano. Está con nosotros, lo hemos visto ya, lo hemos abrazado. Saludable presencia la suya, física y espiritualmente. Un t e s o r o *es Viera Altamirano. Búsquenlo los jóvenes y disfruten de su compañía. El tiene doctrina y palabras que enseñarles, ejemplo de decoro profesional que darles. Anda desterrado—el gran periodista centroamericano que él es—por el tirano de su tierra, El Salvador. Y con esta credencial nos llega, bajo el alero de nuestras simpatías y aprecio. Con los brazos fraternales abiertos le decimos: Bienvenido! Bienvenido!*

Eso tiene de abominable la crueldad de los déspotas: el destierro con que afligen al hombre de bien y de honor que no se les humilla. Piensa Viera Altamirano en los suyos ausentes, la noble y ejemplar esposa, los tiernos hijos, y la tristeza empaña sus ojos atentos, que aprenden. Bien caro ha de pagarlas algún día, las que hace ahora el tirano Martínez de El Salvador con sus compatriotas honrados y útiles.

Hagámosle grata la permanencia a Viera Altamirano en Costa Rica, y que de una vez se quede con nosotros; ¡y lo que con ello ganaríamos todos! Viador de libertad es él.

Adquiéralos:

José Antonio Encinas: *La educación de nuestros hijos* .... ₡ 4
Jahlil Gibrán: *Poemas escogidos* 5
Germán Pardo García: *Presencia* 3
Teresa de la Parra: *Ifigenia* 6
Norberto Pinilla: *Cinco poetas* 3

Con el Admor. del *Rep. Amer.* Calcule el dólar a ₡ 5.

B. Sanín Cano

= *Colaboración*. Santiago de Chile, 5 de marzo de 1939 =

En la Primera Conferencia Americana de Comisiones Nacionales de Cooperación Intelectual, celebrada el enero pasado en Santiago, tuve la grata oportunidad de conocer a B. Sanín Cano. No puedo decir que sea su amigo, pues no pude intimar con el concino ensayista.

Le admiraba su prosa elegante y nutrida de conceptos. De modo que lo escuché siempre con interés. Sus observaciones fueron inteligentes y las ilustraba con anécdotas felices.

Un día alguien, no recuerdo qué delegado a la Conferencia, me preguntó por el nombre de pila del humanista colombiano. Y yo, sin titubear, respondí:

—Benjamín.

—No es, precisamente, el Benjamín de la Conferencia—me contestó mi interlocutor, en frase que quiso y no pudo ser chistosa.

La *boutade* del interrogante me hizo pensar en la edad del escritor. En mi coleto resolví el asunto, asignándole 75 años.

Y bien, hoy leyendo unas bellísimas páginas autobiográficas, *Las memorias de los otros*, publicadas en la excelente *Revista de las Indias*, Bogotá, diciembre, 1938 (Epoca 2ª, Nº 1) me percato que a esta fecha tiene 78 años. Buena edad y bella sazón mental.

Hoy también y en la misma Revista, es decir, no en la misma, sino en el Nº 2, me entero que mi Benjamín, se llama Baldomero. Así de aislados y desconocidos viven quienes piensan y escriben en la América Latina, como dicen los franceses, acaso para dar una dulce ilusión; porque de latina no tiene nada, sino un idioma cada vez más "criollo"...

En la Conferencia tuve el honor—como se dice en los discursos—de pertenecer, cual asesor, a la Comisión de Derecho de Autor. En ella el delegado por México, Luis Chávez Orozco, propuso la siguiente moción: "Recomendar a los países americanos no cierren sus fronteras a las producciones literarias, científicas o artísticas extranjeras, "cualquiera que sea su ideología política."

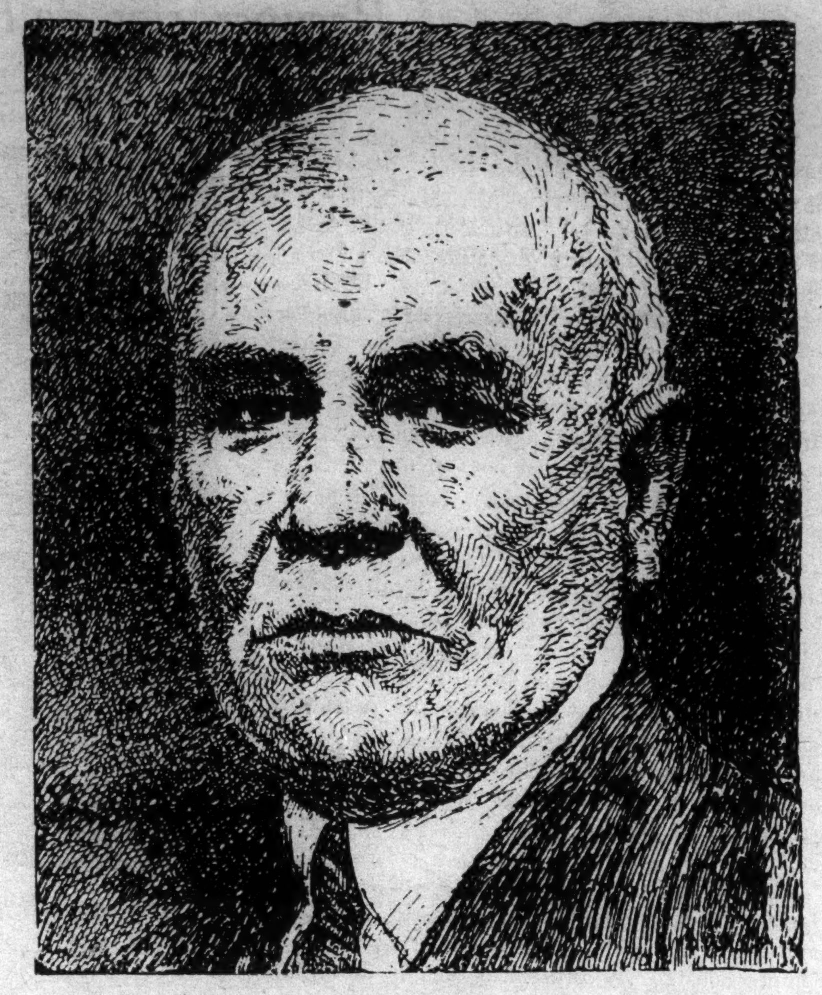
La proposición del historiador mexicano fué analizada larga y maquiavelicamente por el Dr. José G. Antuña del Uruguay, presidente de la comisión. El autor de estas líneas habló en seguida y si no convenció con sus argumentos en favor de la recomendación de Chávez Orozco, por lo menos ocupó todo el resto de la hora, quedando la resolución para la próxima jornada.

Al siguiente día expuse la situación a Baldomero Sanín Cano y a Luis Alberto Sánechz, solicitándoles su apoyo, pues no habían podido asistir a la reunión anterior.

Me acompañaron ambos en la defensa de la tesis mexicana, como hay constancia en las actas mimiográficas que se repartían, día a día, durante la Conferencia. La intervención de los dos escritores fué lucida y eficaz.

Pero vuelvo a B. Sanín Cano. Es un espíritu ágil, joven, libre, comprensivo. Fué para mí un verdadero agrado conversar, aunque brevemente, con un hombre de tanta calidad humana e intelectiva.

NORBERTO PINILLA



B. Sanín Cano

(Visto por *Delucchi*. 1926.)

Barniz raído

=De *El Tiempo*. Bogotá, abril 9 de 1938=

Personas dignas de crédito refieren haber oído de testigos presenciales los siguientes episodios de la vida cotidiana en Alemania. El gobierno ha creado numerosos inspectores de explosivos. Cuantas personas ocupen un inmueble o parte de él están en la obligación de asilar transitoriamente o con carácter de permanencia a uno de estos funcionarios que, como huésped, tiene derecho de registrar continuamente y según sus sospechas, o sin tenerlas, todas las habitaciones a cualquiera hora del día o de la noche. A un caballero en cuya casa se halló un poco de alcohol, materia clasificada entre los explosivos, se le llevó a un campo de concentración, donde fué sometido a bárbaros tratamientos por tres meses. De vuelta a su hogar había perdido la salud tal vez para siempre.

Un médico llevado a los campos de concentración, sin haber cometido falta alguna, vio el tratamiento que allí se imparte a la gente sin alegar para ello causa real o ficticia. Cuando el número de personas recluídas en un campo se hace excesivo para el espacio en que se las obliga a vivir, se señalan arbitrariamente unas decenas y se las ejecuta en la horca para conceder a los demás recluídos mayor espacio dentro del cual puedan... moverse.

La misma persona refiere que con frecuencia se ofrecen cigarrillos a uno o algunos de los reclusos con la condición de que delaten lo que oigan decir a sus compañeros. Un prisionero a quien se le hizo la triste oferta rechazó indignado el tráfico propuesto. Fué sacado de la prisión al aire libre y muerto en presencia de los demás reclusos.

Podrían multiplicarse las escenas, algunas de las cuales no pueden relatarse en público con términos discretos. Aquí no se citan estos hechos con ánimo de crítica. Ellos pertenecen a un momento histórico en que se violan los tratados fríamente, se desconocen de acuerdo con la conveniencia de una de las partes y se alega para no imponer su cumplimiento a quienes los violan el peligro de que sobrevenga una guerra cuyas consecuencias serían desastrosas para la "civilización".

En este momento histórico el concepto de nacionalidad ha perdido el respeto de las naciones poderosas. Quienes suponen haber menester el territorio de un estado cualquiera lo ocupan por la fuerza, so pretexto de que en ese territorio viven gentes de la misma raza a que dicen pertenecer quienes van a ejecutar el acto de usurpación, o sin pretexto alguno. Y las naciones que por tratados públicos estaban obligadas a sostener la autonomía de los estados invadidos y conquistados se alzan de hombros diciendo que por tan poca cosa no puede comprometerse la tranquilidad del mundo y la "civilización de occidente."

Tampoco es nuestro ánimo en estas líneas, y por ahora, censurar la prudente y "civilizada" actitud de quienes se niegan a cumplir sus compromisos con las naciones débiles. Queremos señalar tan sólo el hecho de que las nociones más sagradas del derecho internacional, como la obligación de respetar y reconocer los gobiernos de las naciones amigas, mientras no haya mediado declaración expresa de guerra, han pasado a la categoría de recuerdos históricos.

Quienes vivieron en Inglaterra antes de 1914 recuerdan hoy, contemplando lo que allí sucede, la frase de Talleyrand sobre la dulzura de vivir en Francia antes de 1789. La vida en Berlín en 1912 era un frenesí. La alegría de vivir se expresaba en una agitación hética y tumultuosa en todos los aspectos de la actividad humana. El trabajo se ejercía con método y diligencia tan precisos como si se tratara de combatir alguna fuerza terrible de la naturaleza. Pero los hombres ejecutaban su labor individual sonrientes o a lo menos resignados. El comercio era un espectáculo tan divertido como interesante. Los grandes almacenes, los restaurantes, las casas de té, hacían pensar en una diversión más bien que en una faena de los que servían al público. La noche era la continuación de las actividades febriles del día, pero entonces las multitudes se agolpaban palpitantes de vida en busca de diversiones públicas, muchas de ellas enaltecedoras.

No hay que ponderar el cultivo de las ciencias. Alemania ocupaba

(*Termina en la pág. 223*)

Recuperación de Pablo de la Torriente

=De *Mediodía*. La Habana. Envío de *Juan Marinello*. =

Yo no ví nunca en talla corporal a este Pablo de la Torriente Brau, a quien tengo que evocar por voluntad de mi querido Juan Marinello. No miré su estampa de jefe natural de hombres ni oí su voz a la que subiría esa autoridad que trajo trabada con su alma.

Tengo que pedírselo al paisaje de Cuba que lo produjo en uno de sus momentos de tónico ardor; tengo que demandárselo a la isla siboney que puso su vertical en el regazo de una buena madre cubana para que, repitiendo el gesto, me lo haga ver por una hora al menos.

La caña, que tiene el tamaño justo del hombre, me cuenta como su Pablo la sobrepasa con creces: la luz habanera me da noticias de la cabeza desnuda de Pablo que no llevaba pesadumbre sino erguida esperanza; la arcilla roja, que no parece aquí carne magullada sino una piel ardida de pasión, me da testimonio de que caminaba con el andar de los que no renquean lastimosamente y tampoco llevan el aturdimiento de los jactanciosos: Pablo caminaba como el hombre de mañana, con el paso alegre, que nuestro campesino llama "ganoso" y que así va a sembrar vida para recoger vida.

Era un gigantón Pablo de la Torriente, y, Gorki recordaba una vez, a propósito de Tolstoy, que esta grandulonería del cuerpo lleva siempre consigo un corazonazo, una abundancia cordial.

Creció y se hizo mozo como muchos de Vds. mirando de una parte los pedazos rotos del siglo XIX, que fué dulzonamente demócrata y además invertebrado, y viendo del otro lado apuntar el cuernecillo del tiempo nuevo, de la edad suya, de la que le tocó en ración.

Los escombros románticos no le parecían buenos sino para molerlos en albañilería y aprovecharlos así majados para hacer los ladrillos de la segunda faena republicana de América. Pero, dentro de los escombros su mano sacó una cabeza entera de carne, no de tiza, y allí unos ojos llenos de futuro, y una boca cuya sonrisa medio era de padre, medio de madre: lo que Pablo recogió y guardó fué su José Martí, único romántico digno de sobrevivir en la América criolla.

Conocía aquel gesto: Su padre, el maestro de escuela, se lo enseñó a distinguir; su madre, que tal vez lo conoció, se lo mentaría con lágrimas.

Después el niño Pablo leyó al mentor de Cuba en turnos de acogida y de rechazo, de filialidad y de desacuerdo. No importa: Allí había un fuego particular, la brasa que no mata y que enciende el leño, que hace saltar la llama, incluso de un árbol verde. Y aquel fuego era español. Aunque ardioso en materia americana, era hornaza de un temperamento racial.

Ha sido frecuente el que estos fogosos se apliquen o a la literatura pasional o a una política de humo caliente y poca claridad. La Torriente entró en el sano y durable amor de la realidad. Las cuentas están hechas con materiales y el libro de la cárcel durará como testimonio de un preso que no sólo supo padecer sino emplear su congoja en cosa mejor que lamentarse: En ver y constatar.

Por encima de la circunstancia política, el libro de Pablo el preso servirá para purificar las cárceles y métodos carcelarios que son verdaderas calamidades de la América nuestra

El no sería un aprendiz martiano; Pablo no tenía nada de pegador de calcomías; pero él sería, como Martí, un heterodoxo español en político. La mística, al igual de la acción social en la península, va y viene en su vaivén pendu-



Pablo de la Torriente Brau

lar del ortodoxo al herético. Pero leer a los hombres de esta pelea es asombrarse a cada momento; y esta sorpresa la tuvo en lo religioso, el bueno de Menéndez Pelayo: Todos se parecen más que el envés y el revés de una tela.

Corren estos atletas hispanos sobre una pista común, con un jadeo igual: pelean por la ortodoxia cien por cien, en religión o en política; hace cinco siglos que pelean; se odian locamente de no mirarse a sus caras de primo-hermanos, de no darse la vista en la carrera, y de soltar interjecciones demasiado agrias cuando unos vencen y los otros quedan por tierra.

Nosotros, americanos, tenemos que creer en que un sentido popular y no uno aristocrático, es la verdadera ortodoxia de la hispanidad. Los que somos sensatos y además sinceros, sabemos muy bien que venimos de pueblo español, de emigrantes.

Pablo de la Torriente era tal vez más un populista que un marxista, (perdóneme él donde esté si le duele mi juicio); tal vez fuese, al modo catalán, un distribuidor de tierra labrantía, tal vez a lo vasco, un líder de mineros que alientan dignidad civil y que en dignidad trabajan y hasta duermen. En una democracia madura y sabia de América o de España, Pablo como yo acaso habría sido solo un republicano leal, hijo de Michelet y no de Carlos Marx. Pero la Torriente, temperamental español, entró en un mundo partido en dos bandos y no tuvo opción sino a estos dos platos de la balanza primaria asentada ahora sobre este pobre mundo. El deporte lo volvió mozo ejecutivo: le repugnaban las palabras como una grasa viciosa; oyó el cuerno de la guerra llamar desde su España; supo antes que nosotros la tragedia que venía en avalancha sobre el mundo; entendió antes que nosotros que una aplanadora infernal venía cogiendo en sus rodillos los pocos logros alcanzados por el hombre liberal o cristiano; adivinó como el indio, por un vago temblor del suelo, que llegaba el trance de esconderse en las matas como la bestia miedosa o dar cara al horror. No discutió ni esperó mucho: Se echó a la perdición y a la salvación juntas. El marxista, que no cree en la libertad, se lanzaba a pelear con los que creen en ella y a defenderla para los que no po-

dríamos vivir sin ella un solo día, en el lugar que sea de la tierra.

Allá fué, siguiendo la aventura que el Atlántico ha visto muchas veces y que verá muchas más. La aventura de Adán libertador de sus adamitas.

Un hombre sajón se llamaba Tomás A. Cochrane, y se descuajó de sus Islas Británicas para venir a pelear la libertad a Chile y al Brasil. Otro hombre de corte europea, el Marqués de Lafayette cruzó el agua amarga para venir a Estados Unidos a servir una santa empresa de la liberación. Un estudiante anglo-chileno, hijo de un virrey español, nuestro O'Higgns, dejó su bienestar y quemó su doble tradición llegando a nuestras montañas a organizar nuestra rebeldía criolla. Todos estos hombres cobraron por entonces un perfil odioso para los suyos, y sonaron en sus oídos cada día unas palabras que escuecen el orgullo viril: los motes de *insensatos* y el de *intrusos*. No era eso, ah, no lo eran! Su insensatez fué una razón que saltaba sobre su tiempo, como dice una flecha aventada sobre el planeta, y la tal intrucidad fué o un sentido racial quemante, o un amor frenético del género humano.

De tarde en tarde, nuestro océano trae a estos desesperados del Viejo Mundo a servir al Nuevo, donde clavan el arpón de su esperanza. Pero con mucha mayor tardanza, salen de nuestras costas hacia la Europa madre, estos limpios de corazón, estos Ulises sin sensualidad, que lo abandonan todo y que no husmean su propia muerte en la ráfaga del mar a la que se entregan.

A España fué derecho a morir la Torriente, entregado, regalado a la muerte como el puñado de café a la mano del cosechero. Muchos hablarán de su muerte inútil; siempre se dijo del hombre que da sangre en vez de dar dinero o especies. Puede haber sido sal echada al agua la pobre vida del mozo cubano. Pero, ¿quién dice que la sal se disuelve sin salar nada? Pongámonos en la más flaca probabilidad: Tal vez la bala que mató a nuestro Pablo pudo rodar lejos, pudo alcanzar la aldea próxima y matar en ella a un niño más entre la legión de criaturas que nos ha comido la guerra. Tal vez la bala de nuestro Pablo salvó a su gemelo, a otro escritor español combatiente. Puede ser que, con este préstamo de vida haya pagado él una partija de nuestra deuda enorme hacia la literatura española, granero del cual vivimos y viviremos aún, y en cuya abundancia de oro el escritor criollo se sumerge hasta la cintura recogiendo y cargando el trigo.

El bien que Pablo, el cubano, nos dejó, todavía no podemos medirlo; tampoco podemos ver en este mundo que es un pozo ciego, el contorno exacto de su merced de sangre. Si la Tierra recobra la poca libertad que tuvo y que ha perdido, el bien de Pablo será por ejemplo, el de que los escritores podamos escribir íntegros nuestra verdad o nuestros sueños. La gracia de Pablo y de los suyos será para la América la que nuestra historia no vuelva a ser una tenia repulsiva segmentada de golpes militares tragigrotescos. Será su regalo desde otra orilla el que la guerra no llegue a la América en su nube de buitres o zopilotes, a devorarse en flor la carne que nace para sentarse a la mesa tendida del vivir y no para ser devorada ella misma como el cordero pascual de un anfitrión canivalesco.

Y el bien de Pablo para mí, maestra de escuela, será el que yo no tenga, al ir a dar mi

(*Termina en la página 223*)

Poesías

= *Colaboración*. Columbus, Ohio., U. S. A. Febrero 7 de 1939 =

INVIERNO

La tierra es pura en el invierno
y tiene la belleza casta de una virgen.
Los árboles, mártires desnudos,
quiebran la tarde azulosa
con sus rígidas siluetas de silencio.
Pero su martirio de ramas heridas
tiene un velo piadoso:
alada, temblando de leve
la nieve
prende su candor
en las marañas negras.
También mi corazón
conoce del invierno
y tiene su árbol
con las ramas desnudas
tendidas a los cielos.
Puro como la tierra,
recibe en quietud
este baño
de menudas estrellas.

PRIMAVERA

Se abren las yemas
en temblorosas alas vegetales
y el corazón renace
a vida nueva.

La tierra esmeralda
y el alma estremecida
en esperanza.

Colinas
amanecidas en verde
salpicadas de florecillas.

Los pájaros enamorados
hacen trizas de música
el aire

El pensamiento
también vuela y canta,
renacido.

SOLEDAD

El alma penetró en la soledad
y de los misterios de la sombra,
suavemente, emergieron
azucenas de paz y claridad.
Al principio eran pasos de ciego,
zozobras; pero luego, y esto fué largo,
el alma halló su rumbo
y el silencio se hizo
compañero de gozo.

INSTANTE

Ella tenía tesoros, más tesoros
que la pedrería derramada
entre las hojas recién nacidas
de los olmos.
Una mañana,
era cielo azul y mar con traje de mil luces,
abrió su alma a otra alma
que era como un huerto
de frutos dulces,
y el amor atravesó como una flecha
los corazones vivos.

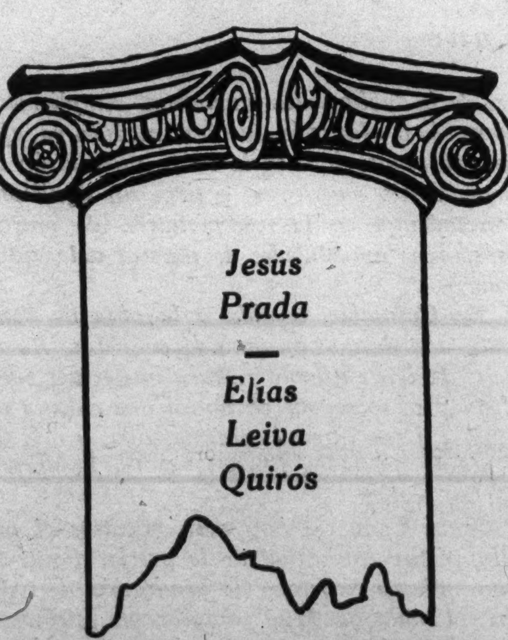


Emma Gamboa

(1938)

AMOR DE LOS CANTARES

Amor que nació virginal como flor,
creció como llama
y se dijo en canción.
Amor más vasto que el océano
y más hondo.
Que venció olas y millas,
que creyó y esperó
purificado en brasas de silencio.
Amor que conoció lechos de arena,
chozas sin más riqueza
que albas y crepúsculos.
Amor niño y pleno a la vez
como trigos bailarines y maduros.
Amor que hiló con estrellas los ensueños
y se ciñó a las sienes el casco de la luna.
También amor en las angustias
clavado a la cruz de la realidad terrestre.
Amor que supo la ternura,
la resignación y el éxtasis.
Amor que tembló y lloró
y bajó las rodillas en plegaria.
Amor divino y sin embargo
sencillamente humano.
Amor tejido con hebras vivas de la vida
y ungido de celestiales esperanzas.
Este es amor. Amor de los Cantares
más poderoso y fuerte
que la muerte.



Esta es la columna miliaria del *Rep. Amer.* En ella escribiremos los nombres de los suscritores que por años de años, hasta el final de sus días, le dieron su apoyo. ¡Ricos de espíritu fueron!

SED SAGRADA

Tú y yo corríamos por una pradera
de rumorosa grama.
Tuvimos sed y fuimos
en busca de agua clara.
Simplemente agua.
De una roca, bajo una piedra limpia,
surgió una fuente mínima
de fresca transparencia.
En el cuenco de tu mano bebí.
Las estrellas de tus ojos
sobre mi cabeza titilaban.
Y olvidé el tiempo y el mundo y los cielos
mientras de tu mano bebía el agua clara.
Y, oh milagro!, rosa, lila,
el agua se tornaba.
Y mi sed se quedó con los labios abiertos
porque tu vino encendió
otra sed en mi alma.

LA ABUELA

1

Abuela lee en un libro grueso
de meditaciones.
El reloj, palpitación del tiempo,
y los anteojos oxidados,
participan de su místico
contentamiento.

2

Mientras lava los trastos
canta. Su voz velada
es del raso de los oropeles
que adornan los altares.
Canta loas a la Virgen
y alabados
al Santo Sacramento.

El cañaveral agita panderetas.
Están de rodillas los hitavos.

3

Una mañana nos dijeron:
"Que abuelita se muere!"
Y a pie, por los caminos
de invierno,
fuimos a la hora sagrada
de su muerte.
Cuando llegamos, la casa
olía ya a cipreses.
La abuela estaba quieta,
con las manos cruzadas.
El viejito, sentado
en el taburete de cuero,
repasando en silencio
las cuentas del rosario.

4

Cada alma tiene el cielo
que en la vida soñara.

Abuela,
en el tuyo te esperan
ángeles con arpas.
Pasaste tu vejez blanca
contando en oraciones
los días.
Ahora,
en los jardines celestiales,
florecen los rosales
de tus Avemarías.

EL ABUELO

El abuelo ya llega a los ochenta.
Se parece al Santo Carpintero
en que es carpintero y es santo.
Yo lo llevo a la villa de la mano,
y tardamos mucho
porque en cada isla de sombra nos sentamos.
Abuelo saca el eslabón de caballito dorado,
lo desarrolla como una coral mansa,
hace no se qué prueba mágica,
una estrella brota de su mano
y en ella enciende su tabaco.
Yo me como las flores agritas del manzano,
duermo las hojas de la sensitiva
y me asomo a un nido de puntillas
para ver si los huevos son pintados.
El abuelo sonríe, masca y me apresura
con golpecitos menudos de su palo.
Nunca me ha contado un cuento
ni me ha dicho un cantar como la abuela.
¡Se pasa tan callado!
Pero a mí también me gusta mascullar el silencio
y juego a pensar casos extraños.
—"Si de pronto ese palo floreciera
en lirios... No sería raro
porque al abuelo sólo le falta la barba
para ser santo de un cuadro.
Oh!, sólo la barba no, también el manto,
pues él usa banda roja y pantalón engomado.
Lástima que ya se murió el caballito blanco
en que venía los domingos al mercado:
me llevaría sentada por delante
y nos tragaríamos el camino colorado.
O no, mejor vendríamos muy despacio,
al gusto del caballo,
y por regustar nosotros el camino,
a él lo dejaríamos golosear en los cercados.
Yo gozaría viendo la maña de los campesinos
para dejarte vacío el saco.
(Abuela dice que de bueno no sirves
y que todo se te va de la mano).
...¿Y si nos perdiéramos?
Quizá llegaríamos a la piedra del encanto
y lograríamos ver al Gallito de Oro.
!Qué hallazgo¡"
—¿Verdad, abuelo?
—¿Qué, hijá?
—Oh, mira, mira los tejados.
Aquél es el de casa.
Y la torre de piedra... y el palacio.
Abuelo, ¿es cierto que tú ayudaste
a levantar la iglesia?
—Sí... estas rústicas manos.
Y el abuelo se sienta de nuevo
y su mirada, que tiene luz y niebla,
se posa en los techados
como una golondrina fatigada.
Yo le digo:
—Abuelo, vamos andando,
ahí no masito está la casa.

EMMA GAMBOA

Cabos sueltos

= Sacados de distintas ediciones de *El Tiempo*, Bogotá =

Homenaje a Sanín Cano

En carta dirigida a don Germán Arciniegas, director de este diario, por don Carlos García Prada—que es co-editor de la Revista Iberoamericana que se editará en Washington con el concurso de la plana mayor de los intelectuales de América—se sugiere la conveniencia de llevar lo más pronto posible a la práctica el homenaje propuesto de tiempo atrás a Sanín Cano. El homenaje consistiría en editar, con el auxilio del gobierno, las obras completas del maestro incomparable. Gran número de escritores de todos los países de habla española desean asociarse en alguna forma a ese homenaje, que algún día deberá hacerse al más fino y erudito de los críticos colombianos y al más puro de sus intelectuales. Pero creemos nosotros que la edición de la obra de Sanín Cano debe hacerse en Colombia y con dinero colombiano.

García Prada dice en la carta a que nos referimos:

"La obra de Sanín Cano, tan rica en enseñanzas, está dispersa en libros agotados, en revistas y periódicos del viejo y del nuevo mundo, y quienes la estudian o quieran estudiarla, se ven en gravísimas dificultades. Es preciso, es indispensable y es justo y deseable, reunirlas en forma completa y sistemática. Y ese sería el mejor homenaje al maestro. Además, es preciso hacerle este homenaje en vida, y no dejarlo para que lo hagan las futuras generaciones en la forma de algún busto colocado por ahí, en cualquier rincón de Santa Fé. Que su obra se reúna y se edite bien, lo que será grato al maestro y le será muy útil a las generaciones venideras!"

Y que se edite en Colombia, con dinero colombiano, agregamos nosotros. Porque no estimamos difícil que el ministerio de educación nacional, que ha emprendido en los últimos años ediciones más costosas y algunas de ellas de obras de valor muy relativo, ponga objeciones a esta iniciativa ejemplar.

Sanín Cano

Después de servir a Colombia en los países del sur, como él sabe hacerlo, regresa ahora a Bogotá don Baldomero Sanín Cano. Primero en la conferencia panamericana de Lima, y después en la de cooperación intelectual de Santiago, el maestro Sanín Cano realizó una labor discretísima, de orientación y de acercamiento interamericano, respaldada por su vasto prestigio personal en el continente, y por su vasta autoridad de hombre de ideas.

Porque Sanín Cano es de los pocos colombianos que tienen ya una ciudadanía continental, que es un americano de Colombia, un ciudadano de América, con sitio de honor en la más autorizada minoría directiva de nuestros pueblos. Durante muchos años ha ejercido un noble apostolado espiritual, un magisterio de la inteligencia y de la voluntad, expresando la realidad continental en ensayos exactos de intención y de interpretación, y en páginas perdurables que figuran entre las mejores de la bibliografía americana. Ampliamente conocido y admirado, su obra, madura ya, ejerce una segura influencia en la orientación del pensamiento americano, y tiene un significado trascendental en la interpretación de muchos aspectos y modalidades de nuestra vida autóctona.

En Colombia la vida y la obra de Sanín Cano son de una insularidad eminente. En un país, de tan vacilante cultura intelectual como el nuestro, sorprende encontrar una cultura tan intensa y tan extensa como la suya, y una tan benévola y risueña filosofía de los hombres y de los hechos.

Sanín Cano, es hoy para nosotros el más alto vértice intelectual de la patria, digno del homenaje de respeto y de admiración de todos los colombianos. Muy cordialmente celebramos el regreso del maestro al país, y le enviamos nuestro atento saludo.

5-II-39.

Cuentos infantiles

El ministerio de educación nacional acaba de editar El País de Lilac, álbum de cuentos para niños, escrito por Oswaldo Díaz Díaz, y maravillosamente ilustrado por Sergio Trujillo Magnenat. Así en la bibliografía colombiana se inaugura un renglón nuevo, el de los cuentos infantiles, borrado hace años, desde cuando Pombo, el gran Pombo escribió sus relatos modelos, incorporados ya a la literatura universal.

El autor de El País de Lilac guarda sólo una intención: que los niños colombianos tengan por primera vez, un libro de cuentos, imaginado y escrito especialmente para ellos. "Y ha logrado ese propósito generoso; porque los cuentos del señor Díaz Díaz son pequeñas obras maestras de sencillez y de imaginación, y están escritos en un lenguaje familiar, limpio y preciso, de cristalina simplicidad y diáfana pureza. Las fábulas se trazan en cuadros rápidos, en la buena y vieja manera de los cuentos, sin muchos arrequives filosóficos, ni abundancia de moralejas solemnes. Son relatos de velada familiar, para decir a los niños bajo la lámpara vigilante, o para que los lean ellos mismos, y vivan los personajes de la farsa en las espléndidas estampas de Sergio Trujillo.

Porque en El País de Lilac no es la literatura lo único admirable, sino las ilustraciones gráficas en que Trujillo alcanza uno de sus mayores aciertos. Y un acierto de Trujillo es siempre una inminencia de obra maestra. Y a veces logradas en su totalidad. Los trigales de Juan Calabazo, los lanceros del Libertador, los piratas del Caribe, y las ratas veleidosas, adquieren en el lápiz de Sergio Trujillo una vida de movimiento desconcertante, de la más pura tradición imaginativa, del más airoso y sorprendente simbolismo.

Las planchas de la litografía Colombia se destacan por su nitidez y precisión, y captan con seguridad los esbozos del dibujante.

Bello cuaderno este de los cuentos con que el ministerio de educación regala ahora a los niños de Colombia, y que constituye un verdadero alarde de belleza y de buen gusto.

27-XI-38.

Política americana

A lo menos a que puede aspirar América, en cuestiones internacionales, es a tener una política americana, una política propia, sin que pese sobre ella el influjo voraz de poderes extraños. El continente es ya mayor de edad, y debe soltar las andaderas. Sus problemas tienen un sello autóctono, original, y requieren, también, soluciones originales y autóctonas. Pese a los confiados, y a los negligentes, existen enemigos comunes, enemigos que exigen, para combatirlos eficazmente, un frente único, un frente continental, un frente americano.

Nuestras democracias se ven colocadas, por la realidad ambiente, en un plano de actividad coordinada y solidaria. Todo lo que suscite, entre ellas, suspicacias y recelos, o entrabe su acción común, está fuera del ideal americano, fuera de la voluntad de América, que es hoy una voluntad única de defensa común.

Comprendemos el turismo de propaganda como un incidente de transportes. Pero rechazamos la penetración doctrinaria, y estamos alerta sobre sus brotes prematuros. América abre sus puertas para todos los hombres del mundo que vienen a aceptar, y a vivir, la realidad americana, a incorporarse al ritmo de su democracia, a vincularse a su vida de libertad, de paz, y de trabajo. Pero las cierra para los apóstoles subterráneos que quieren introducirnos peligrosos contrabandos de doctrinas y prácticas que disuenan, con disonancia estridente, con la tradición continental.

Existe una conciencia americana, un derecho americano, y una ley americana. El continente se maneja solo, independiente de dominios oscuros. Sobran los consejeros espontáneos. Sabemos, muy bien, lo que somos, lo que fuimos, y lo que seremos. Y existe entre nosotros la organización sentimental necesaria para estimular la unidad de acción. Sólo falta protocolizarla en la realidad legal. Y eso es lo que América debe hacer ahora.

24-XI-38.

Reaparece Pío Baroja, falseando

= *Colaboración*. Santiago de Chile, marzo de 1939 =

La resurrección literaria de Pío Baroja tiene, por irónico vehículo prensas de América, de este continente "estúpido" como él lo llamara alguna vez. Podría hacerse un cruel sarcasmo aplicando exactamente el calificativo al caso estricto de una edición de Baroja en Sudamérica, y pensar si en realidad empezamos a justificar el juicio tan rudo que el escritor formulara contra nosotros otrora.

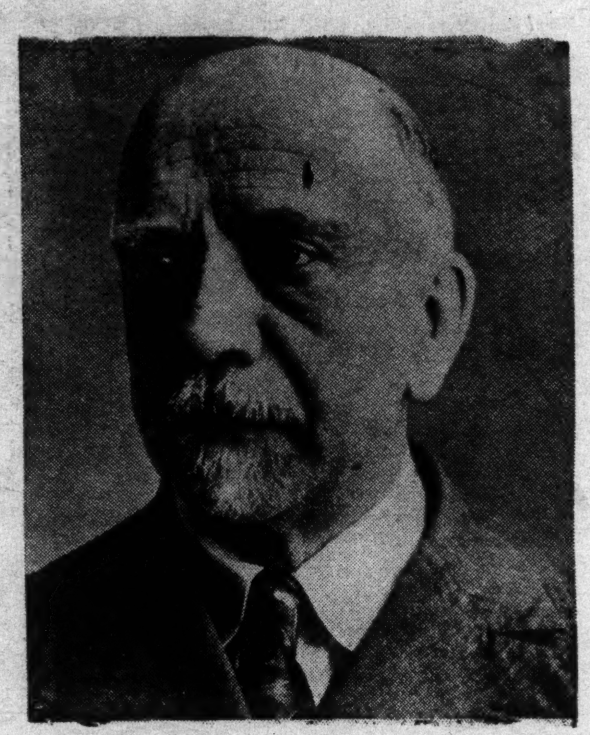
Pero, no es elegante ni justo seguir por esos caminos preferidos de don Pío. Las exuberancias temperamentales deben tener por tope la conveniencia de los demás, la exactitud del criterio, el sentido de precisión y justicia. Sería pecar de igual pecado que Baroja aplicarle sus propios métodos.

El libro *Ayer y hoy* nos presenta al insigne novelista intentando ensayos políticos. No puede escaparse a ese sino un escritor de estos tiempos, sobre todo si es español. Y aunque la generación del 98, contra cuya existencia real protesta Baroja, se caracterizó por un reclamo insistente a la inteligencia, a menudo por encima de la realidad, ella, como todas ha tenido que doblegarse ante el destino de su patria. Benavente, los Machado, Unamuno han esgrimido verbo y puño de un lado y de otro; Azorín se refugia en París, y Valle Inclán murió antes de que le trituraran las pasiones; y por ahí, de una y otra generación, todas rondando el 900, andan Menéndez Pidal, Juan Ramón Jiménez, Ortega y Gasset, Pérez de Ayala, Polifemos literarios muchos de ellos, cuyo nombre podría ser el que Ulises quiso darse a sí mismo en su mística lucha con el cíclope. Que así es de implacable la vida...

Baroja, animador de tanto tipo recio, confesor de sí mismo en las corroídas páginas de *Juventud, egolatría*, se nos presenta ahora destilando conceptos. Desde luego, sobre la guerra española. Y es un poco doloroso verlo dar traspiés conceptuales, en el afán de no ceder en palabras, cuando es hora de ceder en generosidad y justicia.

¿Qué piensa el novelista de *Zalacaín* de esta tremenda guerra que desangra a España? No, pensar no es la palabra: ¿qué siente? Y acaso también sería mucho o distinto: ¿qué ve? Baroja ve, y como todo veedor, descubre detalles antes que panoramas, y da primacía al pormenor sobre lo de conjunto. Así cuando habla de Durruti—anarquista, amigo suyo—concede sin igual importancia a que se salvó en Francia por una coincidencia de apellido y admite como buena la versión de su muerte, y recuerda episodios, pero no llega a la pulpa humana del insurgente temperamental que era, como Baroja, Durruti.

¿Qué ve el novelista? Pues, novelas... Sus



Pío Baroja
(1934)

cuadros están construídos, como siempre, con brío, con ese contradictor embrujo que, en lo conceptual, llevó al conceptismo muchas veces a Unamuno, y que, en lo descriptivo, lleva al caos, al admirable caos fecundo, a Baroja, el más ruso de los novelistas españoles contemporáneos, y, por eso, el que más detesta el régimen ruso actual, por ser leal a su sino anárquico que, una paradoja y una consecuencia más, detesta a los anarquistas porque él es uno de ellos. Enredo todo este que podría resolverse con el adverbio "dialécticamente" o con una pajarita de Unamuno.

"Nosotros no tenemos en España un enemigo, sino dos: los blancos y los rojos, que cada cual a su manera quiere hacer nuestra completa felicidad metiéndonos en la cárcel", dice Baroja, a lo que en otro lugar añade: "en estos momentos soy partidario de una dictadura militar que esté basada en la pura autoridad y que tenga fuerza para dominar los instintos rencorosos y vengativos de la masa reaccionaria y de la masa socialista" y que esta pacificación la haga "no como el legendario Orfeo con la lira en la mano, sino con el filo de la espada". De donde se deduce que el extremismo—blanco o rojo—de Baroja se decide por lo negro. La incapacidad de matices del autor se advierte enseguida. Se queja de la crueldad, y la comete. Protesta contra la tiranía de las masas, y pretende la tiranía de una espada. Ataca al anarquismo, y se muestra incapaz de jerarquía, salvo la impersonal del sable. Ama la libertad, y ataca a los que la buscan. Detesta la opresión, y aboga por los que la implantan. En este fandango de contradicciones asoma la urdimbre neta de lo hispano: individualista, antijerárquico, deliberador, a menudo cruel. La contrapartida está en el heroísmo, en la altivez, en la originalidad creadora, en el fervor. Y muy a menudo en el desinterés.

Pero, si este aspecto político despierta resistencia por su inhumanidad y capricho, los apuntes sobre arte y economía tienen una pintoresca atrabiliaridad. Por ejemplo, asegura que el latifundio es propio de los climas secos, cuando en climas húmedos—verbigracia mucha parte de la sierra andina—el latifundio conserva su corte de feudo medioeval. Asevera que los cañonazos no tienen nada que ver con la literatura. Ruskin afirmaba que todo gran arte proviene de una guerra—y llama extravagancias y estupideces al cubismo, el dadaísmo y el superrealismo, cuyos lados estridentes no impiden que los tenga fecundos. Confunde señorío feudal con nobleza, como si no hubiera plebeyos que son señores feudales, ya que la esencia de ésta es económica. Plantea una personalísima teoría del acropolis contra la ciudad baja, simbolizando en ello a Madrid contra Barcelona, no obstante de que Madrid resulta el reducto de lo que él llama "ciudad baja". Taja perentorio que el psicoanálisis no ha servido para nada. Etcétera. Pero estos son caprichos de Baroja. Se le exalta el novelista, el caudillo irrealizado que lleva dentro, y no vacila en culpar, exclusivamente—siempre *exclusivamente*—a los obreros del cierre de casas editoriales españolas, sin recordar que en el caso de la CIAP, por ejemplo, podría trasladarse la responsabilidad a gerentes dadivosos e imprevisores, como se evidenció en la propia declaración de la casa y en la adhesión de los autores, todos superabundantemente y por adelantado satisfechos en honorarios de obras que a veces pensaban recién escribir.

Pero, un libro de Baroja sin estrellarse contra algo es inadmisible. Ayer, contra América. Hoy contra la realidad visible. (La invisible tiempo ha anda en juego). Pero, por sobre todo, campea su fuerza, su agilidad conceptual, su ardentía y también, su gracia, a contrapelo, pero de todos modos gracia hombruna, arriscada, gruñona, pero gracia y gracia cabal.

LUIS ALBERTO SÁNCHEZ.

Protestamos

(Nota editorial. Mayo 4, 1939)

Nosotros no hemos querido engañarnos con respecto a todos esos alardes—expresados en grandes discursos—del actual Presidente de los Estados Unidos y su Secretario señor Cordell Hull, en favor de la doctrina democrática para enfrentarse a los dictadores europeos. Desde un principio, hemos sorprendido una simple maniobra de política internacional que se reduce a un esfuerzo desesperado del Gobierno de los Estados Unidos, y casi estamos por creer, de ciertos malos judíos saxoamericanos, por alinear a los pueblos latinoamericanos de este Continente contra los gobiernos europeos en una disputa inhumana de hegemonías político-comerciales. Y porque no hemos creído en eso, es por lo que no nos hemos sorprendido tampoco de los fastuosos homenajes que el Presidente de los discursos democráticos y su Secretario, le han rendido al que se titula Presidente de la República de Nicaragua. Han hecho desfilar ante la persona de Somoza a todas las armas del poderoso ejército de los Estados Unidos. Han concurrido a ese homenaje todos los representantes del Gobierno americano, jueces, magistrados de la Corte Federal, etc. Se le ha hecho a Somoza casi un recibimiento de reyes. Parece que nada queda ya por ofrecerles a los Reyes de Inglaterra que se están acercando en este momento a las costas del tantas veces llamado país de la libertad, posiblemente por el hecho de que hay allí una estatua levantada a una libertad ideal y no sentida como derecho de la humanidad toda.

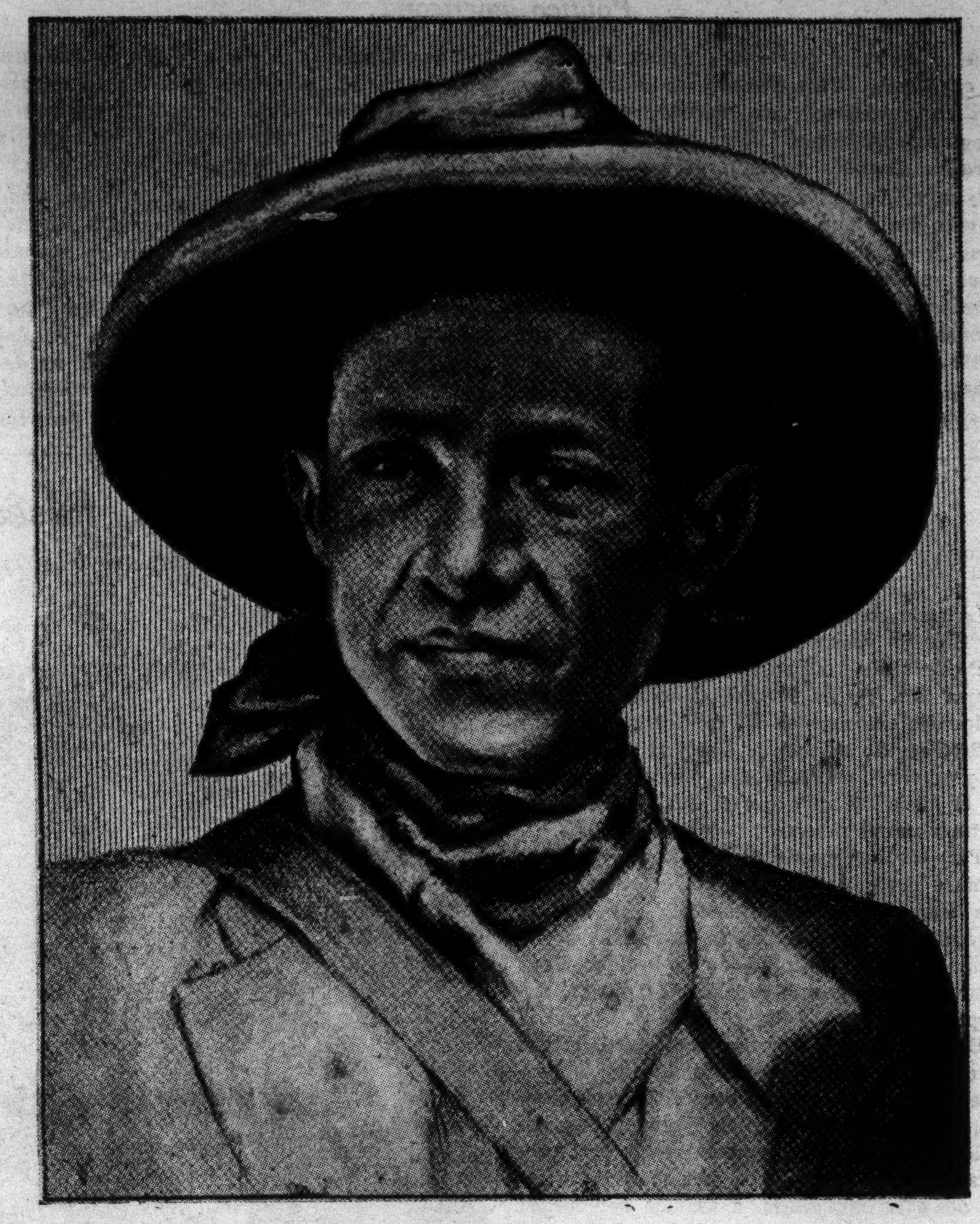
Como hombres de América tenemos el derecho de protestar contra esos actos que no se avienen con las doctrinas pregonadas semanalmente por el señor Presidente de los Estados Unidos por las Estaciones de Radio para los escuchantes de los Estados Unidos, pero cuyos ecos nos llegan a nosotros. Si se habla de sistemas democráticos desearíamos saber qué es lo que los señores Roosevelt y Hull entienden por democracia o por lo menos qué es lo que entienden por democracia en las Repúblicas de la América Latina. Querríamos saber si ellos consideran constructivo y normal la alternación de poderes en nuestras repúblicas por los medios legales o si es impune para el derecho político y para el régimen democrático por el cual abogan los Estados Unidos llegar al poder por cualquier medio, sea ese medio el crimen, sea ese medio el cuartelazo, sea ese medio la corrupción de normas electorales, etc. etc. El señor Somoza ejerce el Gobierno en Nicaragua en virtud de dos hechos históricos condenados por toda la América y por todo el mundo moral: por la muerte de Sandino que lo glorificó ante el Gobierno de los Estados Unidos y por haber quitado del poder violentamente, haciendo uso de las armas de la República, al Presidente legal de Nicaragua, señor Sacasa. Los Estados Unidos acaso no lo sepan, pero sí lo saben los nicaragüenses, hasta donde llegan los méritos personales del señor Somoza para haber aspirado a gobernar a su país.

Pero el viaje a los EE. UU. del hoy Presidente Somoza necesita una explicación para los hombres y los pueblos de América. Hemos notado que en los Estados Unidos se tiene empeño en estos días en hacerle homenaje no a todos los gobernantes de América sino a algunos de ellos. Ya pasó el General Batista de Cuba por la ciudad de los Presidentes de los Estados Unidos, y en Cuba se está organizando un vigoroso movimiento de partidos políticos para terminar con el régimen de Batista y llevar al gobierno al hombre que quiere el gran pueblo cubano. Ahora pasa por la ciudad de los Presidentes de los Estados Unidos, el actual gobernante de Nicaragua y en Nicaragua hay igualmente un intenso movimiento de opinión pública para normalizar la vida política de ese país y llevar al gobierno al que diga el gran pueblo de Nicaragua. ¿Qué significan los viajes de estos dos gobernantes, que mantienen a sus países bajo el régimen del cuartel y no bajo el régimen sagrado de las leyes? ¿Significa que van a pedir el apoyo del Gobierno norteamericano para continuar tranquilamente en el poder hasta las Calendas griegas? ¿Significa que el poderoso Gobierno de los Estados Unidos quiere que sea éste el tipo de gobernante que se perpetúe en nuestras repúblicas? ¿Tanto nos quieren, tánto quieren a los pueblos latinoamericanos, tánto quieren y respetan las doctrinas justicieras de la democracia?

De todo esto hay algo que es peor aún: el señor Somoza tiene una deuda con nuestra América y con el mundo por la muerte del General Sandino. El fue el que ordenó la ejecución del Gral. Sandino precisamente cuando el Gral. Sandino se había rendido al gobierno de su país, lealmente al Presidente Sacasa en cuya palabra de honor confió el héroe de las Segovias.

Los Estados Unidos saben, sin embargo, lo que significa ese histórico título que el mundo dio al Gral. Sandino, *El Héroe de las Segovias*. Fue en las Segovias del humilde país de Nicaragua donde el ejército de los Estados Unidos, el más poderoso ejército de América y uno de los más poderosos ejércitos del mundo, fue vencido en singular lucha, puramente épica, magníficamente ideal, por un centenar de hombres dirigidos por el Gral. Sandino. En algunos sectores de la opinión pública de los Estados Unidos y en un miserable sector de la opinión pública de Nicaragua, se califica a Sandino y a sus hombres de bandidos. Pero la opinión universal, todos los hombres libres de América, todos los hombres libres y decentes del mundo entero, no llaman a Sandino y a sus hombres bandidos. Los han consagrado como héroes de la libertad y del respeto a que tienen derecho los pueblos pequeños frente a los pueblos grandes. Fue por la acción de Sandino y de su centenar de hombres nicaragüenses que el gran ejército de los Estados Unidos, simbolizado en Nicaragua de cualquier manera, un día abandonó el suelo nicaragüense. Fue porque no pudo ser domeñado el pequeño General de Nicaragua que los soldados de los Estados Unidos dejaron libre a Nicaragua. Fue porque la doctrina sustentada por Sandino en la forma de un ideal, de una protesta enérgica y de un grito salvador, se hizo fuerte y grande, más fuerte y más grande que el poder militar de los Estados Unidos.

Lo que se premia hoy en los Estados Unidos, lo que se le premia al señor Somoza, no al pueblo nicaragüense—porque eso sería ignominioso—es el hecho de que Somoza ejecutó al vencedor de los Estados Unidos. Para la gesta de América, de la América nuestra que dijo el poe-



Augusto C. Sandino

ta de Nicaragua, Sandino, nuestro Sandino, es el vencedor de las poderosas armas con que los Estados Unidos quisieron dominar a Nicaragua, a un país de nuestra raza y de nuestra alma. Hoy acaso no, pero mañana, en ese fatal mañana de todas las justicias, nuestros pueblos levantarán estatuas a este Sandino que hizo una pelea sin igual un día para afirmar el principio moral y eterno de que la América Latina es libre. Oigan los gobernantes de los Estados Unidos: *La América Latina es libre*. Sí, señores Roosevelt y Hull, la América Latina es y quiere ser eternamente libre. No lo quiere ser sólo de los poderes inicuos de todo el mundo. Y al buen entendedor pocas palabras bastan. Nuestros héroes serán los Juárez y los Sandino. Y decimos esto, porque sabemos que para el hombre de México es honroso poner a Sandino a la par del Presidente Juárez. Los hombres a quienes honramos y honraremos serán a los Sandinos, pocos o muchos, que en momento de peligros públicos y continetales se vayan a la selva, se vayan a las Segovias a proclamar como los héroes de todos los tiempos, como los héroes de nuestra raza indígena, el principio de libertad y de respeto de los pueblos grandes a los pueblos pequeños.

Lo que nos asombra hoy es que el Gobierno de los Estados Unidos haya obligado a los representantes de la justicia de ese gran pueblo americano para que también ellos le hagan honor al señor Somoza, el ejecutor de Sandino. Hay ciertas cosas que al menos deben ser disimuladas, señores gobernantes de los Estados Unidos. El hoy Presidente de Nicaragua ejecutó a Sandino sin normas judiciales. Esto, que se hace con el más desgraciado de los hombres, no le fue concedido al *Libertador de Nicaragua*. No podemos negar que la providencia tiene inspiraciones singulares y que es preferible que para la gloria de Sandino, y para la simbólica de los intereses continentales, fue preferible que Sandino muriera así como murió y no criando cerdos en las Segovias. Conservó su altura de héroe, los signos sagrados del destino que se había impuesto, sus prestigios universales, y al caer muerto, explotó para Nicaragua, para la América y para el mundo, una aurora de redenciones. El cayó como todos los que en el mundo han muerto por libertar a sus naciones. La gesta de su país, luchando por su libertad plena, es la misma en que se debaten con gallardía todos los pueblos pequeños, humildes o indefensos del mundo. Es la gesta de Austria, la de España, la de Checoeslovaquia, la de China y la de Polonia.

Este período de la historia universal comenzó con Sandino en Nicaragua. El período de los héroes bandidos, como dirán en los Estados Unidos. Pero estos héroes bandidos son los que libertan a las naciones. Es un escarnio que la justicia americana se haya hecho representar en el homenaje a Somoza, para honrar al hombre que violentó la justicia, la justicia, lo único que el hombre civilizado ha conquistado como el don más precioso de la cultura humana.

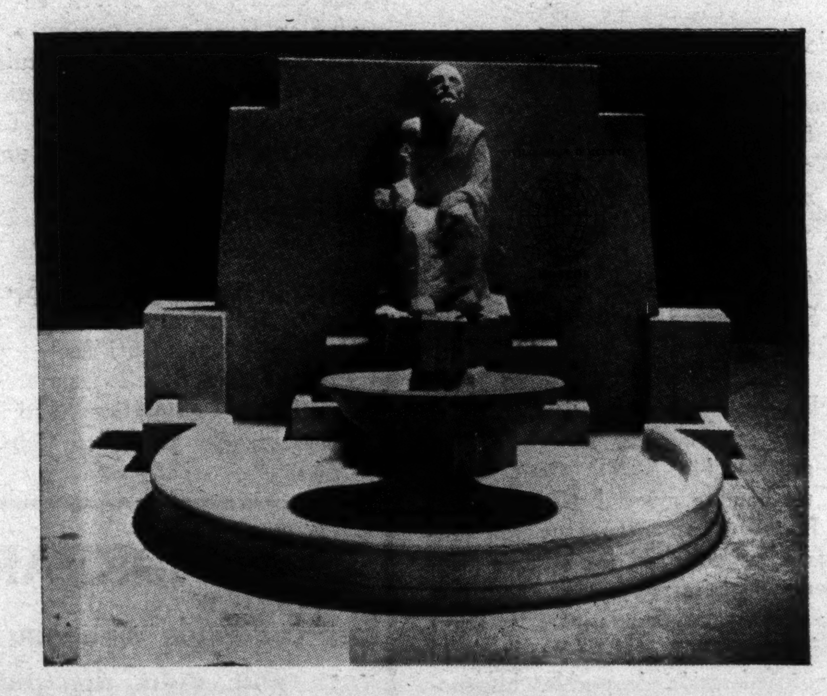
Quede estampada así nuestra protesta en esta hora. No olvidaremos esta hora. No olvidaremos esta actitud de los gobernantes de los Estados Unidos. Jamás la aplaudiremos y la tendremos en cuenta siempre que ellos apelen a nuestros sentimientos para hablarnos en nombre de intereses superiores del mundo. No olvidaremos que en los Estados Unidos se procede con un doble criterio: se halaga a los pueblos de América con ideas fantásticas y se rinde homenaje extralimitado a los que no son fieles a los intereses vitales de nuestras nacionalidades.

Pero que se queden los Estados Unidos con los Somozas: que le levanten una estatua al hoy Presidente de Nicaragua, en frente de la estatua de la Libertad: para eso tienen hierro y bronce; que coloquen su retrato en los salones del Capitolio, cerca del retrato de los Washington o de los Monroe. Nosotros, pueblos libres de América, algunas veces mártires, exaltaremos siempre al hombre que expulsó de Nicaragua a los representantes del ejército imperialista de los Estados Unidos. Si hay hombres en América que quieren para sus pueblos la dominación de los Estados Unidos, la dominación italiana o la dominación alemana, hay también hombres que queremos la libertad de la América indígena.

Itinerario de Eugenio Mía. de Hostos

=Nos guía Antonio S. Pedreira, en su libro *Hostos, ciudadano de América*. Madrid. 1932=

Hostos ha sido una de las más altas voces de la conciencia colectiva de Hispanoamérica.—Carlos Arturo Torres.



Proyecto de monumento a la memoria de Hostos

La frase desoladora de Voltaire sobre los clásicos gravita sobre el recuerdo de Eugenio María de Hostos: es un hombre que todos conocen y nadie ha leído.

—o—

El juicio sobre *Hamlet* está reputado por don Bartolomé Mitre, entre muchos más, como el estudio más profundo y concienzudo que se ha escrito sobre esa obra primada de Shakespeare.

—o—

El punto de partida para estudiar su personalidad, tan rica en matices, no hay que buscarlo en libros ni en funciones vitales, sino en el cogollo íntimo de su conciencia. Con tener obras y hechos que bastarían en cualquiera de sus partes para inmortalizar a un hombre que pudiese mostrarlos en su abono, es su carácter su hombría, su conducta lo que debe constituir el inicio. Hay grandes mentalidades que al través de sus obras son representativos de una raza y en su intimidad la denigran convirtiéndose en sus peores ciudadanos. En Eugenio María de Hostos, la vida privada, pura y diáfana, era una prolongación de la vida pública.

Debemos confesar—y perdónesenos este egoísmo—que uno de los placeres inéditos para los que lean estas páginas, lo ha saboreado muchas veces el autor con la lectura del manuscrito en que Hostos analiza con la más rigurosa contrición los repliegues más profundos de su conciencia. Al salir de esa Corte Suprema en pleno juicio, en que la fiscalización de los propios actos no tuvo otro propósito que el de la enmienda, siente el espíritu el acicate de su conducta, y pronto a la emulación, exclama consternado: he aquí una meta: conozco a un *Hombre*. Esta categoría máxima a que elevamos su significación, adquiere sus cabales proporciones a la luz de sus hondos sufrimientos, de sus continuos sacrificios en los días de extremada lucha en que jamás manchó su excelsa calidad de hombre con una idea baja o una actuación indigna. "Si quieres ser hombre completo—se decía siempre—pon todas las fuerzas de tu alma en todos los actos de tu vida".

Bien saben los que hayan sentido apetencias de integridad moral que no es tarea fácil ir labrando a golpes de renunciación y de abstinencia la columna interior en que han de descansar nuestros hábitos. Y es más difícil todavía, si en vez del místico aislamiento que engendre puras nuestras ansias de perfección, tiene el hombre que soportar diariamente la marejada de las pasiones humanas, para lo cual no hay espíritus superiores, ni prestigios inmaculados. En Hostos tropezamos con una premeditada tendencia a vitalizar los actos de su vida con la nobleza del pensar y la santidad del sentir. La tarea le fue completamente fácil, porque, obrero de su propia cantera, a fuerza de introspección fue limpiándola desde su adolescencia de impurezas; y del flaco chorro de sus defectos hizo un caño generoso para sus virtudes.

La moral que predicaba desde mucho antes de concebir sus doctrinas sociológicas, le nacía de adentro como una fuerza espontánea, libre de gazmoñería y de puritanismo externo. No concebía, por esta natural inclinación, que el hombre perverso no pudiese corregir sus flaquezas sabiendo que "lo mejor que hay en el mundo es ser bueno". Pero no era la suya aparatosa bondad que comerciaba con la modestia hipócrita al servicio de motivos interesados. No era la caridad de su pensar un pregón público lanzado como tantos para llenar los ecos de las columnas de la prensa o la biografía cotidiana. Su bondad manaba silenciosa de su entereza de carácter, de su integridad de hombre, de sus convicciones cris-

tianas. Porque a fuerza de limar sus asperezas y de dar el mismo tono a su proceder, se había templado el alma para la vida honrada.

Tenía por imperativo la justicia y por norma el cumplimiento del deber. Sus cuarenta años de romería patriótica están nimbados con el resplandor de su decoro; alto en el pensamiento, cruzó sin mácula por encima de todas las liviandades; hondo en el sentimiento, no pudo nunca la envidia o la calumnia descomponer la santidad de su ademán. Y aunque combatió con firmeza y sin descanso y quedó marcado por la ingratitud con largas cicatrices espirituales, debemos declarar que el gusano de la pasión jamás dañó la almendra de su ecuanimidad: si ha habido un hombre justo, limpio y bueno, ese fue Hostos.

Elevación de miras, amplitud de criterio, rectitud de ciudadano, continencia evangélica, pureza de recursos públicos y privados, probidad, tolerancia, hombría, ese fue su tesoro. Adversario de los patrioteros, ese fue su calvario. Al grito de *Libertad, Civilización y Acercamiento,* sacudió las fuerzas dormidas de todo un continente y fue por sus campañas doctrinales un constante animador de pueblos.

Ciudadano de América, su patriotismo no tenía fronteras ni limitaciones nacionales que pudieran empequeñecerlo. "Cosmopolita—solía decir—es el patriota en toda patria", y dando el ejemplo, fue la encarnación más viva del ideal que predicaba. Es en el continente americano donde hay que buscar varones de excepción que fueron sus contemporáneos.

—o—

Aquella falea de cooperación que siempre encontró Hostos en Puerto Rico, aquella manera cómoda de rechazar sus ideas por imposibles, llamándolo soñador delirante, es la misma que confrontó Martí en Cuba, y que nos describe el periodista madrileño, Julio Burell: "Muchos años después (de haberlo visto en España), yo preguntaba por él a los jóvenes diputados autonomistas de Cuba, a Montoro, a Figueroa, a Giberga... Sonreían con indulgencia. ¡Bah! Marchó de Cuba... No tenía fuerza... Quiso ser diputado... No le hicieron caso. Y allá en Nueva York publica una hoja separatista. Pero el separatismo es una extravagancia. El pobre Martí es hombre muerto..."

¡Martí era un hombre muerto! ¡Como lo era Hostos para Puerto Rico, porque tuvieron ambos las mismas ideas políticas, los mismos principios libertadores, los mismos escenarios para predicarlos y las mismas esperanzas para amarlos! Tocados de idéntica visión que el Libertador, pensaron en una confederación de pueblos hispanoamericanos para cuya realización era necesario, en primer lugar, obtener la independencia de las Antillas: no de Cuba, ni de Puerto Rico únicamente, sino de todas. "Las Tres Antillas—decía Martí—han de salvarse juntas o juntas han de perecer". Y ambos se fijaron en Cuba como punto principal y ventajoso para la realización de este ideal. "Se puede afirmar, sin temor a ser por nadie desmentido, que ningún cubano propagandista hizo tanto por Cuba como el antillano Eugenio María de Hostos".

—o—

En la estrechez de su hospedaje y de sus recursos económicos (1857, *en Madrid*), fue sintiendo las rebeldías de sus reflexiones, que le hicieron imposible el estudio: protestaba del método que seguían los profesores, del plan de los textos, de la tiranía del horario, y de todas esas circunstancias académicas que la vida universitaria impone igualitariamente a todos los estudiantes. Debilitada su voluntad por estos desacuerdos, aumentados en proporción directa con el eficiente desarrollo de sus ideas políticas, abandonó por fin sus cursos de Derecho, entre otro motivos, por no recibir un diploma de un gobierno monárquico.

—o—

Desde su niñez de hombrecito formal conocía Hostos las calamidades de su patria; en dos viajes—los últimos, hasta 1898—a Puerto Rico, en 1859 y 1863, hizo acopio de decisión, y en plena juventud, *pareciendo un hombre de cuarenta años,* se lanzó al combate que habría de durar hasta su muerte. Estratificada, como sirviéndole de cauce, encontramos la desesperación de su isla en el fondo de su pensamiento político. De ella surgió también su confianza en las ideas liberales que agitaban la política española, creyendo equivocadamente que era más fácil obtener reformas de un régimen republicano que del Gobierno monárquico existente. Abandona la Universidad y entra en la lucha que va a durar cuarenta años. *La peregrinación de Bayoán,* publicada en 1863, es su comienzo.

—o—

En estos días (1868, *y en París*) de angustiosa adversidad, las cartas de su padre aumentaban con sus congojas las del hijo proscrito, y en la lectura de Vico y de Pascal encontraba fortaleza para resistir a los amigos esquivos, a las groserías de las personas, a las asechanzas de su fiero ostracismo. Según su *Diario,* inédito, llegó a tener muy avanzados los preparativos para escribir una *Matemática de la Historia,* inspirada en la *Scienza Nuova,* de Vico. También escribió en francés para concursos de *Le Figaro* y *Le Gaulois* dos trabajos, titulados: *La Fête y Plesbiscite inapercu;* todos perdidos. De París vuelve a Madrid, porque don Emilio Castelar le aseguraba que él "podría ser un triunfador en la revolución española".

—o—

Puerto Rico no era propicio para la lucha armada; los sufrimientos de largos años, la docilidad de sus masas sufridas, el reciente y estruendoso fracaso de la insurrección de Lares, sus condiciones geográficas, anticipaban la derrota. Había que pensar en Cuba, tan abnegada y rebelde, a la cual defendía Hostos desde 1863, sin jamás haber estado en ella. La revolución econtraría apoyo y éxito en la Antilla Mayor, y, libertada Cuba, vendría inevitablemente la libertad de Puerto Rico y la de las islas menores. Ese fue el plan de Hostos, para ir luego a la Federación Antillana, sin la cual se debilitaría la de todas las Repúblicas de América. Era un ideal insular y continental, que tuvo origen en la mente luminosa de Simón Bolívar, y que con Hostos, alentaron Betances, Máximo Gómez y luego Martí.

¿Cómo conseguirlo? ¿Cómo podría realizar la empresa? El solo hecho de concebirla es propiedad de apóstoles; el conseguirla, condición de héroes. La Naturaleza "lo armó para el combate por la idea de tres formidables armas ofensivas: la inteligencia, la pluma y la palabra; lo dotó de otras tres invencibles armas defensivas: la rectitud, la constancia y la bondad... Los apóstoles cumplen su misión de precursores; van adelante hasta que caen: si triunfan, son héroes; si mueren, son mártires". La suerte estaba echada: héroe o mártir.

Conmovedoras son las páginas de su *Diario,* inédito, en que su resolución queda definida. Una de ellas, fechada en Madrid, a 30 de mayo de 1869, reza como sigue: "Ayer me interrumpí para escribir a mi padre. Decíale yo que era necesario prepararse para verme arrostrar todas las eventualidades del apostolado de justicia y libertad que quería hacer en favor de nuestra patria, y deseando que el fin por realizar y el deber por cumplir estuvieran sancionados por la bendición paterna, discutía con él mi posición actual en España y la necesidad de ir a Nueva York para desde allí, y probablemente desde Cuba, intentar con esfuerzos personales, con las armas en la mano, la conquista de la independencia". Si no estuviéramos frente a un hombre cuya virtud máxima radica en la austera dignidad de su carácter, esta íntima confesión bastaría para comprobar la sinceridad de su propósito.

Y para realizarlo plenamente, lo primero era salir de España, dejando clavados en la opinión pública sus anhelos de reivindicación. Redactó entonces un manifiesto; escribió sus célebres cartas al director de *El Universal* para lograr el ambiente que habría de compeler al Gobierno provisional a estudiar con seriedad la situación antillana; publicó una serie de enérgicos artículos en *Las Antillas* y en *La Voz del Siglo,* periódico redactado por él, por don Gumersindo Ascárate y don Segismundo Moret; escribió numerosas cartas políticas, y el 20 de diciembre de 1868 pronunció un comentadísimo discurso en el Ateneo, atacando sin titubeo el despotismo colonial.

Cuenta J. E. Buñols que hubo más de un ateneísta que, herido en su patriotismo, salió a combatir a Hostos, recibiendo, en cambio, afirmaciones categóricas. Al terminar su discurso, el entonces presidente del Ateneo, don José Moreno Nieto, entre demostraciones de afecto, lo recibió en sus brazos con estas palabras: "Señor Hostos, lo hemos perdido". A lo que repuso el patriota: "No; me han ganado".

Efectivamente: lo habían ganado para defender sin vacilaciones la revolución de Cuba, afirmando desde el ostracismo a que lo habían condenado sus escritos: "Si en la Constitución de España no cabe mi patria, donde no cabe mi patria no quepo yo". Y después de rechazar la representación a Cortes que le ofrecía Puerto Rico, salió con rumbo a Francia para adelantar el sacrificio de su vida a la causa que nunca abandonó hasta su muerte.

ANTONIO S. PEDREIRA

(*Continuaremos*)

AHORRAR

es condición sine qua non de una vida disciplinada

DISCIPLINA

es la más firme base del buen éxito

LA SECCION DE AHORROS

— DEL —

Banco Anglo Costarricense

(el más antiguo del país)

está a la orden para que Ud. realice ese sano propósito:

AHORRAR

Erase una vez...

(*Viene de la página final*)

gustaba mucho jugar a toda clase de juegos, tirarle las orejas o el extremo de la cola e incomodarlo de mil maneras; pero eso le era absolutamente igual. Jamás había probado carne, comía con los perros, a menudo en el mismo plato, pan, harina, patatas, repollo y nabos. Tenía buen apetito, pero su amiga la cocinera velaba para que no le faltase nada. Los osos son vegetarianos cuando les es posible, prefieren las frutas a todo. En el otoño, se sentaba y miraba con ojos envidiosos las manzanas maduras del huerto y cuando chico le había sucedido no poder resistir a la tentación de trepar al árbol y de comerse un puñado. Los osos son lentos y perezosos en sus movimientos; pero tentad a un oso con un manzano y veréis que en ese juego ganaría por puntos a cualquier escolar. Ahora comprendía que era contrario a la ley, pero sus pequeños ojos atentos espiaban todas las manzanas que caían al suelo. También había tenido una dificultad respecto a las colmenas; en esta ocasión fué condenado a la cadena durante dos días con las narices ensangrentadas y no había vuelto a hacerlo. Fuera de esto sólo le ponían la cadena en la noche y esto era razonable, pues el oso como el perro, tiene cierta tendencia a irritarse si se le tiene encadenado, lo que no debe sorprender. Se le ponía también la cadena el domingo cuando su ama iba a pasar la tarde donde su hermana casada, aislada al otro lado del lago, en la montaña, a una hora de camino por la espesa selva. Se consideraba que era muy malo para él vagar por la selva con sus mil tentaciones; se prefería mantenerlo alejado. Por otra parte, era un marino mediocre y un día tuvo mucho miedo de un brusco golpe de viento que había volcado el bote, teniendo su ama y él que ganar la orilla a nado. Ahora sabía perfectamente lo que quería decir cuando, el día domingo, su ama le amarraba la cadena y le daba un golpe cariñoso en la cabeza prometiéndole un manzana a su regreso si se portaba bien en su ausencia. Se quedaba triste, pero resignado como un buen perro cuando su ama le decía que no podía llevarlo de paseo. Un domingo que su ama lo había encadenado, como de costumbre, y que ella se hallaba en la selva, más o menos a medio camino, creyó oír el ruido de una rama quebrada en el tortuoso sendero, detrás de ella. Se volvió y quedó consternada al ver al oso que llegaba al paso. Los osos parecen moverse con mucha lentitud, pero arrastrando sus patas avanzan mucho más rápido que un caballo al trote. En una pestañada la había alcanzado, jadeando y husmeando y se había colocado en el sitio de costumbre, a sus talones. La dama estaba muy encolerizada, iba ya atrasada para el almuerzo, no tenía tiempo de ir a dejarlo y no quería que fuese con ella y, además, era muy feo que le hubiese desobedecido y que rompiera su cadena. Le ordenó, en el tono más severo, que regresara inmediatamente y le amenazó con la sombrilla. Se detuvo un instante y la contempló con sus ojos astutos, pero no quería regresar y continuó husmeando tras de ella. Cuando la dama se dió cuenta de que había perdido también su collar nuevo, se enojó más aún y lo golpeó en el hocico con su sombrilla, que se quebró en dos. Se detuvo nuevamente, movió la cabeza y abrió repetidas veces su gran hocico como si quisiera decir algo. Después dió media vuelta y volvió a tomar lánguidamente el camino por el que había venido, deteniéndose de tiempo en tiempo para mirar a la dama; al fin desapareció.

En la tarde, cuando la dama retornó, estaba echado, como de costumbre, cerca de su caseta y tenía un aspecto muy avergonzado. La dama estaba todavía muy encolerizada; se apreoximó a él y se puso a reprenderlo con mucha severidad; le dijo que no le daría manzanas ni comida, y que, además, lo encadenaría dos días. La vieja cocinera, que adoraba al oso como a su hijo, salió precipitadamente de la cocina, furiosa: "¿Por qué lo reprende, señora?", dijo, "se condujo como una imagen todo el día. Dios lo bendiga! Ha permanecido sentado, tranquilamente, sobre sus patas traseras, suave como un ángel, espiando la reja para verla llegar."

La dama se había encontrado otro oso.

AXEL MUNTHE

Recuperación de Pablo...

(*Viene de la página 216*)

clase, que atravesar una fila doble de fusiles alzados por brazos de niños, y que no sienta yo viendo esa pedagogía de anticristos, arder mis entrañas de vergüenza y de cólera.

Si este mundo satánico, de hierro color pardinegro, color de fiera, que desean darnos, se disuelve como una pesadilla antes de cuajar: si esa invención de calenturas pasa no más que como un cometa vesánico, cortando nuestro aire y no se queda, sino que se va a disolverse en el espacio, entonces, tú has logrado tu faena en la Europa entera, Pablo el sacrificado, buen Hércules limpiador de los pesebres de Augías, generoso la Torriente, hijo de Cuba.

GABRIELA MISTRAL

Barniz raído

(*Viene de la pág. 215*)

en todas las provincias de la investigación científica lugar de envidiable preeminencia. No sólo en la técnica prevalecían sus métodos y aplicaciones: la filosofía penetraba en los senos de la conciencia humana con grande atrevimiento y con resultados palpables. La literatura en Alemania y en Austria llenaba, en el estudio, todos los ámbitos de la persona humana, y en la ejecución creaba obras maestras perdurables en la novela, en el teatro, la crítica, la poesía, el periodismo. En las artes, quienes se daban a su cultivo mantenían en alto la tradición de siglos pasados y perfeccionaban los impulsos de innovación, llegados de otras comarcas. La vida era un espectáculo de grandes realizaciones y de alegría, si no refinada, desbordante. Era, en algunos de sus no menos interesantes aspectos, la calumniada civilización del siglo XIX que desbordaba antes de desecarse.

En menos de una generación la conciencia de las naciones de Europa ha cambiado en lo social, en la apreciación de la moral colectiva, en el concepto de las obligaciones recíprocas entre naciones e individuos. Se atribuye a Napoleón el dicho de que bastaba arañar la piel del europeo para descubrir al cosaco. El cosaco ha desaparecido: los cuentos relativos a su ferocidad son infantiles. Tarass Bulba es un bravo idealista frente a los técnicos del estrago tipo Millán Astray, que pululan en Europa; y Bismarck mismo sería el tipo del diplomático supercivilizado, puesto hoy a gobernar, de acuerdo con sus nociones y con sus tribus nórdicas disfrazadas de infantes y caballeros.

Las civilizaciones, dijo un autor alemán, ayer célebre y hoy medio olvidado, son entes orgánicos y su vida obedece a ciclos que se suceden en la vida general de la especie. Acaso no existan los ciclos; pero es evidente que las civilizaciones tienen carácter caduco. Es más aún: el hombre civilizado no es más que una criatura hecha de instintos salvajes, que se cubre por épocas más o menos largas de un tenue barniz opaco llamado civilización. Bastan ligeras modificaciones en la atmósfera de las necesidades o de las aspiraciones para que el barniz desaparezca.

B. SANÍN CANO

Cablegrama

Excelentísimo señor
Franklin D. Roosevelt,
Presidente de los E. U. A.
Washington, D. C.

Costa Rica espera principios políticas "buen vecino" y "democracia continental", armonícense realidad práctica, aplicándose con justicia y negando consiguientemente apoyo cualesquiera formas o pactos o concesiones a detentadores libertades públicas Nicaragua, con ocasión visita inusitada Somoza, quien confesó muerte Sandino, alardea impunidad imperialista, usurpó poder, traicionó Sacasa, reeligióse fraudulentamente y esclaviza tiranía nazi-fascista pueblo hermano indefenso.

Cordialmente suyos,

Tomás Soley Güell, (financista, ex-Ministro); Joaquín García Monge (ex-Ministro, editor del *Repertorio Americano*); Octavio Jiménez Alpízar (escritor y abogado); Abelardo Bonilla (periodista); Carmen Lyra (escritora); Enrique Benavides Ch. (estudiante); Virginia Albertazzi (estudiante); José J. Zavaleta (periodista); Adolfo Herrera García (periodista); Abelardo Borges Jara (abogado); Roberto Ortiz Odio (ingeniero); Emmanuel Thompson J. (periodista, católico); Rodrigo Facio Brenes (poeta, estudiante); Oscar Barahona Streber (escritor, estudiante); Arnoldo Jiménez Z. (abogado); Emilia Prieto T. (escritora); Emilio Valverde Vega (abogado); Ricardo Rodó (militar); Eduardo Fournier Q. (médico); Miguel Guevara C. (obrero); Ramón Zelaya (abogado); Ricardo Fournier Quirós (abogado, catedrático, ex-Ministro); Julio Padilla (ex-diputado); etc., etc.

EDITOR:
J. GARCIA MONGE
CORREOS: LETRA X
TELEFONO 3754
En Costa Rica:
Suscrición mensual ₡ 2.00

Repertorio Americano

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

El suelo es la única propiedad plena del hombre y tesoro común que a todos iguala, por lo que para la dicha de la persona y la calma pública, no se ha de ceder, ni fiar a otro, ni hipotecar jamás.—*José Martí.*

EXTERIOR:
EL SEMESTRE: $ 3.50
EL AÑO: $ 6.00 o. am.
Giro bancario sobre Nueva York

Erase una vez...
(Rincón de los niños)

* * * * * * * * * * * * * * * * * *

La patita de cera del Sanate

(Así lo cuentan allá en mi tierra)

= *Colaboración.* San José de Costa Rica, abril 22 de 1939=

(Para Zaidita González Mora, que siempre me pide le narre cuentos)

Un tirador le voló de un balazo la patita a un Sanate.

El Sanate le dijo llorando al cazador:

—Hombre malo, me has dejado sin mi patita, y mis hijos se van a morir de hambre si no les llevo alimento.

El cazador se condolió del herido y le puso una patita de cera.

Un día el Sanate se paró en una piedra caliente y se le derritió la pata de cera.

Llorando le dijo a la piedra:

—Piedra ingrata, si tan poderosa eres, dame mi patita de cera.

—El Sol es más poderoso que yo. Pídele a él la patita de cera.

El Sanate vuela a donde el Sol.

—Sol que tan poderoso eres, que calientas Piedra; Piedra que me quemó mi patita, dame mi patita.

Dice el Sol:—La Nube es más poderosa que yo; la Nube me opaca. Ve a donde ella.

Busca el Sanate a la Nube y le dice:

—Nube que tan poderosa eres que opacas Sol; Sol que calienta Piedra; Piedra que me quemó mi patita, dame mi patita.

Dice la Nube:—El Viento es más poderoso que yo. El me deshace.

El Sanate vuela a donde el Viento

—Viento que tan poderoso eres que deshaces Nube; Nube que opaca Sol; Sol que calienta Piedra; Piedra que me quemó mi patita, dame mi patita.

El Viento dice:—Más poderosa que yo es la Pared. Ella me detiene.

El Sanate vuela donde la Pared y le dice:

—Pared que tan poderosa eres que detienes Viento; Viento que deshace Nube; Nube que opaca Sol; Sol que calienta Piedra; Piedra que me quemó mi patita, dame mi patita.

—El Ratón es más poderoso que yo, dice la Pared. El me agujerea.

Le habla al Ratón el Sanate.

—Ratón que tan poderoso eres que agujereas Pared; Pared que detiene Viento; Viento que deshace Nube; Nube que opaca Sol; Sol que calienta Piedra; Piedra que me quemó mi patita, dame mi patita.

Es más poderoso que yo el Gato, dice el Ratón; él me caza.

A donde el Gato va el Sanate:

—Gato que tan poderoso eres que cazas Ratón; Ratón que agujerea Pared; Pared que detiene Viento; Viento que deshace Nube; Nube que opaca Sol; Sol que calienta Piedra; Piedra que me quemó mi patita, dame mi patita.

El Gato le dice al Sanate:

—El Perro es más poderoso que yo; él me caza.

A donde el Perro va el Sanate y le dice:

—Perro que tan poderoso eres que cazas Gato; Gato que caza Ratón; Ratón que agujerea Pared; Pared que detiene Viento; Viento que deshace Nube; Nube que opaca Sol; Sol que calienta Piedra; Piedra que me quemó mi patita, dame mi patita.

El Garrote es más poderoso que yo, dice el Perro. El Garrote me doma.

A donde el Garrote vuela nuestro Sanate y le dice:

—Garrote que tan poderoso eres que domas Perro; Perro que caza Gato; Gato que caza Ratón; Ratón que agujerea Pared; Pared que detiene Viento; Viento que deshace Nube; Nube que opaca Sol; Sol que calienta Piedra; Piedra que me quemó mi patita, dame mi patita.

—El Fuego es más poderoso que yo, dice el Garrote; él me quema

A donde el Fuego va el Sanate y le dice:

—Fuego que tan poderoso eres que quemas Garrote; Garrote que doma Perro; Perro que caza Gato; Gato que caza Ratón; Ratón que agujerea Pared; Pared que detiene Viento; Viento que deshace Nube; Nube que opaca Sol; Sol que calienta Piedra; Piedra que me quemó mi patita, dame mi patita.

—El Agua es más poderosa que yo, dice el Fuego; ella me apaga.

Vuela a donde el Agua el Sanate y le dice:

—Agua que tan poderosa eres que apagas Fuego; Fuego que quema Garrote; Garrote que doma Perro; Perro que caza Gato; Gato que caza Ratón; Ratón que agujerea Pared; Pared que detiene Viento; Viento que deshace Nube; Nube que opaca Sol; Sol que calienta Piedra; Piedra que me quemó mi patita, dame mi patita.

El Buey es más poderoso que yo, dice el Agua; él me bebe.

Vuela a donde el Buey el Sanate.

—Buey que tan poderoso eres que bebes Agua; Agua que apaga Fuego; Fuego que quema Garrote; Garrote que doma Perro; Perro que caza Gato; Gato que caza Ratón; Ratón que agujerea Pared; Pared que detiene Viento; Viento que deshace Nube; Nube que opaca Sol; Sol que calienta Piedra; Piedra que me quemó mi patita, dame mi patita.

Dice el Buey:—Más poderoso que yo es el Cuchillo; él me degüella.

A donde el Cuchillo va el Sanate y le dice:

—Cuchillo que tan poderoso eres que degüellas Buey; Buey que se bebe el Agua; Agua que apaga Fuego; Fuego que quema Garrote; Garrote que doma Perro; Perro que caza Gato; Gato que caza Ratón; Ratón que agujerea Pared; Pared que detiene Viento; Viento que deshace Nube; Nube que opaca Sol; Sol que calienta Piedra; Piedra que me quemó mi patita, dame mi patita.

Más poderoso que yo es el Hombre. El me hace y me deshace.

A donde el hombre va el Sanate y le dice:

—Hombre que tan poderoso eres que haces y deshaces Cuchillo; Cuchillo que degüella Buey; Buey que se bebe el Agua; Agua que apaga Fuego; Fuego que quema Garrote; Garrote que doma Perro; Perro que caza Gato; Gato que caza Ratón; Ratón que agujerea Pared; Pared que detiene Viento; Viento que deshace Nube; Nube que opaca Sol; Sol que calienta Piedra; Piedra que me quemó mi patita, dame mi patita.

Dios es más poderoso que yo, dice el Hombre. Me da la vida y la muerte.

Vuela a donde Dios el Sanate y le dice:

—Dios que tan poderoso eres que le das la vida y la muerte al Hombre; Hombre que hace y deshace Cuchillo; Cuchillo que degüella Buey; Buey que se bebe el Agua; Agua que apaga Fuego; Fuego que quema Garrote; Garrote que doma Perro; Perro que caza Gato; Gato que caza Ratón; Ratón que agujerea Pared; Pared que detiene Viento; Viento que deshace Nube; Nube que opaca Sol; Sol que calienta Piedra; Piedra que me quemó mi patita, dame mi patita.

Y Dios le dió una patita de verdad.

FRANCISCO LUARCA

Grulla herida

Dibujo de *G. Roux*

Un cuento de osos

= Tomado de *El Libro de San Michel.* Ediciones Excelsior. Santiago de Chile. 1936.— Lo envía *A. C. P.* =

Existió una vez una dama que vivía en una vieja morada a la orilla de una inmensa selva, muy lejos, allá en el Norte. Lo habían encontrado en la selva medio muerto de hambre, tan pequeño y tan débil que tuvo que ser criado con biberón por la dama y su vieja cocinera. De esto hacía muchos años y ahora se había convertido en un oso gordo y si hubiese querido, podía haber muerto a una vaca y llevársela entre sus patas. Pero no quería hacerlo, era el más amable de los osos, no pensaba en hacer daño a los hombres ni a los animales. Permanecía sentado junto a su caseta y sus ojos pequeños e inteligentes miraban con benevolencia el rebaño que pacía en el campo próximo.

Los tres poney montañeses y peludos de la cuadra lo conocían muy bien y no se inquietaban lo más mínimo cuando se colaba en ella con su dama. Los niños se montaban en él y se les halló más de una vez en la caseta, adormecidos entre sus patas. A los tres perros lapones les

(Termina en la página anterior)